

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

la pierna tatuada

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

LA PIERNA TATUADA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 420
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 12.269 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: mayo, 1970

© VIC LOGAN, 1970
sobre la parte literaria

© RAFAEL CORTIELLA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección AMAPOLA:

901. — Les dardos de Cupido.

En Colección ALONDRA:

814. — Una noche diferente.

En Colección CAMELIA:

757. — No soy lo que tú crees.

En Colección MADREPERLA:

1.085. — Lucha de sexos.

En Colección PIMPINELA:

1.158. — Tu amor no tiene precio.

En Colección ROSAURA:

1.111. — En el fango de la gran ciudad.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.027. — Trágica reunión.

En Colección PUNTO ROJO:

414. — Detective sin licencia.

En Colección ASES DEL OESTE:

559. — Ciudad turbulenta.

En Colección SALVAJE TEXAS:

680. — La recompensa maldita.

En Colección KANSAS:

619. — Destino de pistolero.

En Colección BRAVO OESTE:

484. — Mister Boston.

En Colección CALIFORNIA:

703. — Escuela de pistoleros.

PRÓLOGO

El hombre era joven y bien parecido. Tal como se encontraba en la habitación sumida en la agradable penumbra de las luces indirectas, sólo podía ver las dos piernas femeninas que asomaban por la mampara de madera a modo de extraño biombo que dejaba una abertura de casi un metro desde el suelo.

Ella se estaba cambiando de ropa y le pidió que esperara unos minutos, que el joven empleó en consumir su *whisky*, mientras observaba las dos perfectas extremidades de la dama, y quizá lo que más llamó su atención no era la belleza en sí de la mujer, sino aquel caprichoso tatuaje que llevaba algo más arriba de la rodilla en la parte posterior de la pierna derecha. Representaba una flor, una rosa concretamente y se preguntaba por qué rara circunstancia ella se había hecho tatuar en aquel lugar precisamente.

No pudo pensar demasiado tiempo en aquello porque notó una extraña pesadez en la cabeza. Pensó que había estado bebiendo demasiado, luego de forma progresiva todo fue oscureciendo cada vez más, hasta que imposibilitado de coordinar, se dejó caer sobre los almohadones de aquella especie de diván colocado casi a ras de suelo.

Cuando estuvo completamente inconsciente, ella salió de detrás del biombo y se dirigió al teléfono que estaba en la mesita. No llevaba nada encima, pero no importaba porque el hombre ya no podía verla.

Marcó un número y esperó unos instantes para decir:

—Está dormido. Podéis venir a por él.

Más tarde en el silencio de la madrugada un coche dejó el portal de la casa llevando consigo la carga inmóvil del hombre dormido. El auto se perdió en la oscuridad.

A la mañana siguiente, un vagabundo descubrió un cuerpo flotando en el río, y los periódicos de la tarde cuando dieron la

noticia lo trataron como un suceso vulgar. Fue uno de tantos accidentes que se producen en una gran ciudad como París:

«Súbdito americano ahogado en el Sena».

La muy breve reseña añadía que el muerto había ingerido una fuerte cantidad de alcohol.

Posteriormente la autopsia demostró que en el estómago de la víctima habían sido hallados residuos de un calmante que solía tomar y del que se habían encontrado en su bolsillo algunas tabletas en el interior de un tubo. El caso en sí no merecía más información ni investigación especial. Oficialmente fue un accidente.

CAPÍTULO PRIMERO

En la puerta de la casa había una placa de cristal con un nombre: Walter Keterlain.

La calle era la Laussannestrasse, a las afueras de la ciudad de Basel, en Suiza.

La casa, una construcción parecida a las que eran características en el barrio, disponía de dos pequeños jardines laterales que la aislaban de sus vecinas.

La calle, en el mediodía, parecía desierta.

Un automóvil a marcha moderada se acercó hasta detenerse frente a la puerta.

El chófer, un hombre joven, salió del coche, miró alrededor y se dispuso a encaminarse hacia la entrada.

Dentro, un hombre de unos cincuenta años, pelo cano y aire distraído, descendió la escalera que conducía a las habitaciones de la planta superior con una maleta en una mano y una cartera en la otra.

Al llegar al rellano miró el salón principal.

Los muebles estaban cubiertos con lienzos blancos para preservarlos del polvo.

Permaneció mirando varios segundos a modo de muda despedida. Luego, como si acabara de tomar una resolución, dejó la maleta en el suelo y se dirigió hacia el teléfono, conservando en su mano la cartera.

El chófer del vehículo que se había detenido momentos antes llamó en aquellos instantes y el hombre de la casa desistió de telefonar.

Fue a abrir después de dudar unos instantes y se encaró con el recién llegado:

—¿Qué desea?

—¿Profesor Keterlain? —inquirió el joven del automóvil.

—Yo soy. ¿Quién es usted?

El recién llegado extrajo un carnet del bolsillo que mostró de modo fugaz al dueño de la casa.

—Inspector Burney de servicios especiales. Le acompañaré al aeropuerto.

—Iba a pedir un taxi.

—No se moleste. He traído un coche. ¿Está listo, profesor?

—Sí. Creo que sí. Sólo recoger la maleta.

—Deme. Yo le ayudaré.

El profesor avanzó seguido del joven del coche. Al llegar junto a la maleta la tomó murmurando:

—No pesa. Puedo llevarla.

—A su gusto, profesor. Cuando quiera...

—Sí, sí —replicó Walter Keterlain dando un último vistazo a la casa, luego volvió a mirar al inspector y añadió—: No sé por qué se toman tanta molestia. Yo no he pedido protección.

—En estos casos nunca está de más, profesor... De cualquier modo yo cumplo órdenes. ¿Lleva usted armas?

—No... Nunca las he usado.

—Bien, bien. Entonces vámonos. Cuando me encargan un servicio no respiro tranquilo hasta haberlo cumplido:

—¿Vendrá conmigo hasta Londres?

—No, no... Mi misión termina cuando le deje a usted en el avión y el aparato despegue.

El profesor cerró la puerta, introdujo la llave en ella y dio la vuelta asegurándose de que quedaba bien cerrada.

—Es un poco triste... Al cabo de tantos años... —murmuró.

—Lo comprendo —replicó el inspector.

Descendió los tres peldaños que conducían a la acera y acercándose al coche abrió la portezuela delantera:

—Supongo que preferirá ir a mi lado.

—Me da igual —replicó el profesor.

Pasó dentro del coche y el inspector dio la vuelta para entrar por el lado del volante.

Unos segundos después el coche se ponía en marcha para doblar en la primera esquina y dejar atrás la tranquila y solitaria calle.

El viaje se hizo en silencio. El chófer pendiente del tráfico que evitó circulando por calles secundarias hasta llegar a la carretera. El

profesor por su parte, mirando a través del parabrisas de la ventana.

Tras un kilómetro de carretera el conductor se desvió hacia la derecha para tomar un desvío ascendente; el portentoso paisaje suizo se mostraba en toda su belleza.

—¿Por qué ha tomado esta carretera? —preguntó el profesor observando los perfilados contornos montañosos.

—Tengo orden de alejarme de las zonas transitadas. Simple precaución.

—No comprendo... ¿Qué es lo que temen?

—Nada, profesor. Usted no se preocupe —replicó el inspector con una sonrisa en los labios.

Siguieron durante unos metros. La carretera serpenteaba por un precipicio de impresionante y salvaje belleza. Al fondo, las nevadas cumbres contribuían como telón de fondo a la espectacularidad del panorama que era dado ver.

El inspector Burney detuvo el coche en un repecho.

—Temo que está fallando el embrague. ¿No lo ha notado? —dijo.

—No... No me he dado cuenta.

—No se mueva. Levantaré el capot... No me gustaría tener una avería en estos momentos.

Saltó del coche dejando sentado al profesor que se mantenía en una actitud expectante.

El inspector-chófer regresó después de haber estado durante unos momentos inspeccionando el motor.

Se acercó por el lado de su viajero y murmuró:

—Baje, por favor.

Lo dijo con toda naturalidad, abriendo la portezuela para que el profesor descendiera.

Lo que ya no era tan natural, era el revólver de la marca «Colt» que el inspector empuñaba con la derecha.

Lo había sacado del bolsillo de su chaqueta con un movimiento rápido e imprevisto.

—¿Qué significa esto? —preguntó el profesor.

—No haga preguntas y obedezca. No le ocurrirá nada.

—Comprendo. Es una trampa. Usted no es policía.

—Es usted muy sagaz. ¡Vamos, baje!

El profesor obedeció y entonces su amenazante le obligó a dar la

vuelta.

—¿Qué es lo que se propone?

Obedeció porque su oponente accionaba el «Colt» de un modo que no admitía dudas con respecto a sus intenciones.

Apenas había dado la vuelta el inspector levantó el arma bajándola rápidamente para golpear al profesor entre hombro y nuca.

El agredido cayó dándose contra la puerta del coche, para acabar en el suelo completamente inconsciente.

Con extraordinaria rapidez, el joven cargó con el cuerpo inconsciente de su víctima y lo colocó delante del volante. El profesor, sin fuerzas para sostenerse cayó con la cabeza apoyada en la puerta.

—Así está bien —murmuró para sí el causante de su inconsciencia.

Seguidamente tomó la cartera de mano que había quedado al otro lado y comenzó a buscar.

Allí había varios apuntes, documentos, notas, pero nada de esto parecía interesar al joven.

Cada vez con mayor ahínco siguió registrando hasta que se dio por vencido sin haber encontrado lo que sin duda buscaba.

Repitió la operación abriendo la maleta, después de haber quitado la llave del bolsillo del inconsciente Keterlain que la llevaba junto con otras en un llavero.

Después de un minucioso registro en la maleta volvió a cerrarla con aspecto contrariado.

Lo dejó todo tal como estaba, volvió a meter el llavero en el bolsillo de Keterlain y quitó el freno de mano del vehículo.

Después de cerrar la puerta y asegurarse de que no se acercaba ningún otro coche, se colocó detrás del vehículo y comenzó a empujar.

El volante doblado hacia la izquierda hizo que el automóvil se aproximara al precipicio.

Pesaba lo suyo, pero el hombre consiguió su objetivo.

Al llegar al borde las ruedas delanteras con el último empujón quedaron colgando en el vacío.

Una fuerte y definitiva sacudida bastó para que todo el coche, perdida la estabilidad se despeñara desde lo alto.

La caída fue impresionante. El coche rebotó en los salientes del acantilado y después de dar un par de vueltas de campana quedó inmóvil, destrozado al fondo. Un segundo después sonó una terrible explosión y todo el vehículo quedó envuelto en llamas.

Los periódicos de casi todo el mundo trajeron la noticia. Keterlain era suficientemente conocido y tenía clase para ocupar un lugar destacado en las noticias:

«Walter Keterlain, destacado científico muerto en accidente en Basel, Suiza, donde tenía fijada su residencia desde hacía muchos años».

CAPÍTULO II

El Metro de Nueva York es un auténtico laberinto. Una persona puede andar perdido durante días deambulando entre las casi cien líneas de Metros y las quinientas estaciones de los distintos ramales. Cualquier estadística arrojaría datos impresionantes sobre las personas que diariamente se pierden si no conocen al dedillo la combinación que han de tomar. Eso les ocurre a los mismos neoyorquinos si se apartan de la ruta normal.

Archie Frasser no era de Nueva York sino inglés, y estaba en Times Square, en uno de los veinte o más andenes que existen, esperando un Metro a las cinco y treinta minutos de la tarde, o sea a la hora más «punta» de todas las horas durante las que cualquier andén está tan abarrotado como un campo de fútbol en día de partido de rivalidad.

La gente se apretujaba cuando el convoy entraba en la estación. Algún aprovechado pellizcó a una mujer y ésta gritó. Luego, el grito se convirtió en un chillido de terror coreado por las personas que estaban más cerca de Archie Frasser.

El inglés, cerca del borde del andén cayó junto a las vías. El tren no pudo detenerse a tiempo y las ruedas chirriaron cuando destrozaban y trituraban su cuerpo.

También ocurren de cuando en cuando esta clase de accidentes.

Sólo que en Londres alguien pensó que Archie Frasser no había sido víctima de un accidente casual. En otras palabras que lo asesinaron...

El departamento estaba enclavado en uno de esos austeros edificios de Londres donde es posible encontrar desde el modista mejor surtido, hasta una agencia de publicidad.

En el edificio había también una pequeña oficina de Asuntos Especiales.

La oficina estaba a cargo de John Egan, y el cincuentón flemático y elegante que calentaba el sillón detrás de la mesa, había comenzado a perder su imperturbabilidad.

—Lo han asesinado. Simple y llanamente lo han quitado de en medio, cuando estaba en situación de facilitarnos una información muy valiosa.

Egan tenía ante sí a dos circunspectos colaboradores que escuchaban en silencio mientras tomaban sendas tazas de té.

—¡Van a pedir mi cabeza, diablos! —exclamó el jefe de una manera desusual en él que hizo que sus dos visitantes dejaran de tomar el té—. ¡Este asunto se está prolongando demasiado y me ha costado dos buenos agentes! —Hizo una pausa y añadió, más flemático—: Porque lo de París... tampoco fue un accidente.

—Creo... —carraspeó uno de los asistentes después de cambiar una mirada con el otro— que debió avisar a las autoridades francesas. Denunciar el hecho como un crimen. Hubiesen investigado y...

—¿Y qué? Siga, señor Smith, por favor, siga. —Y Egan empleó un tono sarcástico, burlón, pero de una fiereza que apenas podía disimular.

El llamado Smith, cuarentón y con aspecto de funcionario cerró la boca como si de repente se hubiese tragado algo indigesto.

Egan continuó:

—Yo le diré qué hubiera sucedido, mi querido Smith. Para empezar hubiera tenido que informar que el hombre ahogado en el Sena, no era americano sino inglés, que su pasaporte era falso y que había entrado en Francia violando todos los tratados para buscar a cierta persona... ¡Oh, no me interrumpa, por favor, señor Smith! ¿Sabe lo que hubiera pasado? Pues yo se lo diré. Aparte de los roces que una misión diplomática hubiese podido limar, y aparte también de perder mi puesto que eso sería lo de menos y que muy gustoso lo cedería a otro desde este momento, habría sido necesario dar toda clase de explicaciones. Esto es, descubrir la verdad y como comprenderá, señor Smith, todo el mundo nos habría llamado imbéciles y con toda la razón. ¿Por qué pertenecemos a un servicio secreto si a las primeras de cambio publicamos a los cuatro vientos nuestros planes?

—Bueno... Yo quise decir...

—¡Oh, sí, señor Smith! Usted quería que la policía francesa descubriera el crimen sin hacer preguntas... ¿Cuándo ha visto que la policía no haga preguntas?

Se hizo un silencio, ni el tal Smith ni su acompañante parecían dispuestos a insinuar ninguna solución.

Egan lanzó un suspiro, luego encendió uno de sus cigarros preferidos y murmuró:

—No podemos emplear a ningún agente. «Los» conocen. «Los» huelen. Tiene que ser alguien «diferente».

—¿Se refiere a un aficionado? —preguntó el compañero de Smith.

—Sí, Logan. Aunque sea un aficionado. Pero ¡por todos los santos! No un aficionado vulgar. Quiero alguien con verdadero espíritu. Le entrenaremos si es preciso, pero que no sea de Londres si es posible, que no tenga ningún contacto con nosotros. ¿Me ha comprendido, Logan?

El llamado Logan murmuró:

—¿Quiere decir que tenemos que buscar a alguien?

—Exactamente. Y tienen que encontrarlo deprisa. Muy deprisa. ¡Ah! Y de este asunto no hablen con nadie. ¡Absolutamente con nadie! Sólo nosotros tres estaremos en el secreto. Creo que será de la única forma de poder conseguir algún éxito. Ahora empiecen a trabajar.

Logan carraspeó como disculpándose y al levantarse inquirió:

—¿Y si miráramos en los archivos?

—¿Qué cree que he estado haciendo, Logan? No me limito simplemente a sacar brillo al cuero de mi sillón.

—No quise decir esto, señor —se disculpó su interlocutor.

—Pues entonces empiecen a trabajar... ¡Ah! Y no tengan demasiados reparos a la hora de elegir. Quiero decir que no sientan escrúpulos por la moralidad de la persona. ¿Comprendido? No necesito un santo, sino un hombre que no se achique, que sepa cumplir sus compromisos y que... esté dispuesto a ganarse una buena suma. No podemos esperar que trabaje simplemente por patriotismo. ¿He hablado claro?

Ambos asintieron al mismo tiempo, dispuestos a dejar el despacho de Egan. De un Egan desconocido tanto por su tono, como por la violencia de sus palabras que trataba de paliar sin

conseguirlo demasiado.

—Bueno... descartamos a los granujas —murmuró Smith.

—Querido Smith, imagino que para este asunto cuanto más granuja sea el elegido, mejor. Nadie podrá relacionarle con nosotros.

Poco después entre el tráfico de Picadilly Circus, Logan, limpiándose simbólicamente el sudor, exclamó:

—Menudo trabajo. Egan debe pensar que la gente se encuentra así... por las buenas.

—No es tan difícil, Logan. Creo que ya tengo a la persona adecuada, sólo que... temo me diga que se me ha ido la mano.

—¿Un granuja?

Smith sonrió:

—Si sólo fuera un granuja...

CAPÍTULO III

Cuando la bahía de Palma de Mallorca pierde su luminoso encanto al ocultarse el sol, tras el castillo de Betiver, sobreviene el embrujo de la noche con las luces de sus hoteles que ponen una nota mágica y multicolor en el paseo Palmesano. Es como una portada a todo color que impresiona al viajero que llega de noche desde el aeropuerto de Son San Juan y que en taxi, se traslada en poco más de siete minutos por la rápida autopista que enlaza con el paseo marítimo.

Glenda Clark, llegada en un «Boeing» desde Hithrow, en Londres, ya había estado en la isla en otras ocasiones, pero siempre que llegaba le sucedía lo mismo: quedaba impresionada apenas entrar en el arranque del paseo.

—Deténgase un momento. Me gusta ver esto —dijo hablando perfectamente el español.

El chófer obedeció mirando a través del aspecto las bien dibujadas formas de la inglesa.

Era en realidad lo que los españoles suelen llamar una mujer de «bandera».

Todo perfecto, todo en su sitio, y minifalda, naturalmente.

—¿Ha dicho al hotel Nuria Palace, verdad? —preguntó buscando tema, el conductor.

—Sí... Pero no hay prisa.

Aunque aquella vez no estaba allí para pasar unas cortas vacaciones y en realidad el asunto que la llevaba era bastante urgente, no pudo sustraerse a la tentación de contemplar el panorama que se extendía ante sus ojos.

—Usted no debe ser la primera vez que viene... Habla muy bien el español —dijo el chófer.

—Me gusta su isla, señor —sonrió ella.

El chófer pensó que a él, le gustaba ella. La isla la tenía más que

vista, pero le halagó la preferencia femenina.

—¿Tiene amigos en Palma?

—Uno. Es el dueño del hotel.

—¡Ah!

—¿Le conoce usted?

—No —replicó el chófer.

—Bueno, en realidad él no se ocupa demasiado, vive en la calle Génova[1].

El chófer hizo un gesto ambiguo. ¡Había tantos ingleses que habían hecho de Mallorca su residencia permanente!

Ella le dio orden de continuar el viaje y poco después se hallaban ante la puerta del Nuria Palace.

El hotel estaba clasificado entre uno de los cinco mejores de toda la isla.

Situado en el corazón del Paseo, poseía todas las habitaciones con amplias terrazas, llenas de flores como auténticos jardines colgantes, iluminadas por la noche.

El interior se componía de dormitorio y salita (para las habitaciones corrientes), aparte del baño. Todo era de primera calidad como correspondía a un establecimiento de aquella categoría.

—¿Tiene reserva, señorita? —preguntó el encargado de la recepción cuando ella se plantó en el mostrador.

—No. De momento busco al señor Miller. Larvy Miller.

—¡Oh! Espere un momento.

El encargado pasó al interior, hizo unas consultas y regresó:

—Lo siento. No está en el hotel.

—Lo suponía. ¿Quiere telefonar a su casa?

El empleado hizo un gesto de sorpresa y ella añadió:

—Dígale que está aquí Glenda Clark, por favor. Dese prisa. Quiero saber si está allí y puede recibirme.

El empleado volvió a desaparecer y al cabo de unos momentos salió murmurando:

—Si quiere pasar al despacho... Desde allí hablará mejor.

Le indicó el camino, y una vez dentro se puso al teléfono. Habló primero con una voz de hombre que le era desconocida.

Esperó otra vez hasta que por fin surgió la voz de Miller.

—Larvy. ¿Eres tú?

—¡Glenda! ¿Cuándo has llegado? Hasta que no te oí no estaba seguro de que fueses tú.

—Hace apenas media hora, Larvy. Necesito hablar contigo.

—¿Estás en el hotel?

—Sí, Larvy, en tu hotel.

—Mandaré a alguien a buscarte y haré que preparen una cena especial. Esto hay que celebrarlo.

—No te molestes, Larvy. Además el asunto que me trae es muy especial...

—Bueno, la noche es joven; habrá tiempo para todo.

—Tú no cambias... No prepares nada, ni mandes a buscarme. No he despedido mi taxi. En diez minutos estoy aquí.

—Como quieras, Glenda. Sabes que serás bien recibida.

Colgó y al salir pidió al encargado:

—Resérveme una habitación, seguramente pasaré la noche aquí... Si hay alguna dificultad hable con el señor Miller. Buenas noches.

Pocas personas tenían el privilegio de hablar con el señor Miller, y el encargado miró a la joven como una cosa excepcional. Bueno. Excepcional ya lo era por su belleza.

Ahogó un silbido y la vio desaparecer con su contoneo natural hacia la calle.

—¿Dónde? —preguntó el chófer que seguía esperando.

Al verla su rostro se había iluminado con una amplia sonrisa.

Ella le dio las señas.

El taxi enfiló por el paseo y siguió por la ancha carretera hasta encontrar el cruce. Ascendió hacia la zona residencial y continuó por un camino secundario hasta el arranque de la colina con carretera particular que advertía mediante un letrero: «Ruta privada».

Todo lo que abarcaba la vista era propiedad de Larvy Miller.

Se trataba de una colina entera desde la que se divisaba toda la ciudad y sobre todo el mar.

El sendero serpenteaba por entre bien cuidados setos y arbustos y por la ventana llegaba el aroma de las flores que crecían aquí y allá, llegadas de todos los continentes.

No cabía la menor duda de que Larvy Miller sabía vivir bien y con lujo.

El chófer lanzó un silbido:

—Los hay con suerte. Esto cuesta una fortuna.

—Sí. El mundo está mal repartido —sonrió ella.

—Nunca había entrado en esta casa. Esto es de cine... —se interrumpió cuando un auto apareció cruzado en el camino—. ¡Eh! ¿Qué es esto? —murmuró frenando bruscamente.

Antes de darse cuenta dos hombres aparecieron entre las sombras de los setos.

Cada uno a un lado del coche abrieron la portezuela trasera.

—¿Qué es esto? —protestó el taxista.

Una linterna enfocó el rostro de la muchacha.

—¿Quién es usted? —inquirió el hombre de la linterna dirigiéndose a ella.

—Oiga... Deje en paz a mi pasajera —protestó el mallorquín.

—Cierre el pico —advirtió el de la linterna.

El conductor, joven y fuerte y con cara de aguantar poco las intemperancias ajenas abrió la puerta violentamente.

El que estaba más próximo quiso interponerse y recibió la puerta de lleno.

—Ahora va a decirme lo que quiere —dijo el chófer.

La respuesta fue un puñetazo que el taxista supo esquivar.

El compañero del que había interrumpido el paso se colocó detrás del chófer y éste se volvió comprendiendo que la cosa iba por mal camino.

Paró el golpe que el otro intentaba propinarle y a su vez disparó el puño derecho que alcanzó de refilón a su adversario.

Pero el primero le obligó a dar la vuelta asestándole la derecha en la boca del estómago.

Intervino Glenda que se hallaba todavía en el interior del coche.

Salió en aquel breve lapso de tiempo y utilizando sus dos manos descargó un tremendo golpetazo en la nuca del tipo que tenía más cerca consiguiendo derribarle.

No fue muy femenino, pero sí eficaz.

El chófer se volvió contra el otro y le soltó un buen directo, sin demasiada técnica, pero igualmente demoledor.

Ahora eran dos contra dos.

Los que habían caído se incorporaron esgrimiendo los puños.

—Esto se pone interesante —sonrió el chófer—. ¿Seguro que

esta casa pertenece a un amigo suyo?

Entonces surgió la voz de un tercer personaje.

—¡Quietos! —ordenó.

Los dos hombres como el perro que oye la voz de su amo, depusieron su actitud amenazante.

De entre las sombras surgió el nuevo personaje.

Era alto, elegante, de aspecto refinado y una sonrisa contagiosa en los labios.

—¡Glenda! —exclamó.

—¡Vaya! Menos mal que eres tú...

—Lo siento —replicó el joven—. No me dio tiempo de avisar a mis... porteros.

El chófer cambió una mirada con la muchacha:

—¿Está seguro que puede fiarse de él?

—¡Oh, sí! Es Larvy Miller. El hombre que iba buscando.

—Menos mal... ¿Recibe siempre así a sus amigos? —preguntó el chófer en tono festivo, mientras se sacudía las manos.

—¿Cuánto le debo, amigo? —preguntó el inglés en correcto español.

—Trescientas... sin contar los «extras».

El dueño de la posesión entregó un billete de quinientas al chófer:

—Quédese con el cambio —cogió a la muchacha del brazo y murmuró—: De veras que lo siento, Glenda.

—Tus... «porteros» te cuidan muy bien.

—Bueno... Últimamente uno no puede estar tranquilo en ninguna parte. Las precauciones nunca están de más.

—¿De qué tienes miedo?

—Del «fisco» —bromeó Larvy.

Llegaron al portal de la casa. La edificación estaba en consonancia con el parque que la rodeaba. Todo era de primera calidad.

—Me manda Smith —dijo ella.

—¿Smith? Esto equivale a *Pérez* en español. ¿Qué Smith?

—Harry Smith del departamento de...

—¡Oh! No me digas que se me acusa de algo... Pero... Bueno, ¿por qué te manda a ti?

—Es un asunto secreto. ¿Podemos hablar?

Se habían detenido en la marquesina de la puerta.

—Sí, pero no aquí. Anda, pasa. No vayas a echar raíces. Me alegra que hayas venido, de veras. Sea cual sea el asunto que te trae, me alegra.

CAPÍTULO IV

—¿De modo que el viejo Smith me necesita? —sonrió el dueño de la casa después de preparar dos combinados y ofrecer uno a Glenda.

—Y te espera mañana. Dice que tomes la lancha. El encuentro se hará en el mar.

—Parece que Smith ha visto muchas películas de aventuras últimamente. ¿A qué viene tanto misterio?

Ella hizo un mohín ambiguo mientras saboreaba el combinado. Después cruzó las piernas y amplió su sonrisa.

—¿Qué le hace suponer que aceptaré?

—Tu... patriotismo —replicó ella.

—Debe tener otros argumentos.

—Habló de... veinticinco mil *argumentos*.

—Las cosas han subido mucho.

—Pero dijo que en España son más baratas. También mencionó ciertas cuentas pendientes con la justicia.

—Yo no tengo cuentas pendientes.

—Yo no lo sé.

—Eres un diablo, Glenda... ¿Por qué tú precisamente como embajadora?

—Alguien tenía que hacerlo. Smith conoce nuestra antigua amistad y me lo pidió.

—¿Simpatizas con él?

—Simplemente la idea de hacer un viaje a la isla me convenció.

—Está bien. Aunque sólo sea para dar un paseo contigo en lancha acudiré a esa cita, pero no apuestes por Smith. Tengo mis asuntos. Me va todo bien y no deseo meterme en líos que no sean los propios... Y ahora dejemos de hablar de ese asunto. ¿Qué plan tenemos para esta noche?

La respuesta de ella fue una generosa sonrisa. El dejó el brazo y

se acercó a la joven que se levantó para retirarse:

—¡Oh, no! Te conozco... A veces sueles ser demasiado persuasivo.

—No dejaré que te vayas.

—¿No?

—Llamaré a mis «porteros».

—Siento que haya tenido que... lastimar a uno.

—Tengo otros... con más experiencia.

Continuó acercándose. Ella quedó inmóvil y acabó abriéndole los brazos.

Seguramente Glenda pensó que era muy difícil resistirse a un hombre como Larvy Miller.

La lancha no era una lancha. Era un pequeño yate, aunque Larvy lo denominara lancha.

Se llamaba *Victoria* y la conducía un patrón de aspecto taciturno y poco hablador.

Bajo la caseta o puente donde estaba el timón, había un pequeño saloncito con dos literas, una cocina y una mesa.

Larvy subió con una botella, un cubo de hielo y dos vasos y se sentó bajo la toldilla de la popa.

Ella lucía un bikini, aprovechando la caricia del sol primaveral.

A su derecha discurría la costa noroeste, después de doblar la punta de San Telmo y seguir en línea recta bordeando los altos y escarpados acantilados.

Habían salido temprano y hacia el mediodía llegaron a las proximidades de Cala Gata, en la cosía de Validemos a.

Una lancha vino a su encuentro. La conducía un hombre solo: Harry Smith.

—Está convertido en un James Bond —sonrió Larvy al ver cómo se acercaba.

Hasta en el mar, Smith parecía tomar precauciones y no habló con Larvy hasta que su lancha rozaba el yate que ya había echado el ancla.

El patrón anudó el cabo en la popa y Larvy ayudó a subir al hombre del Intelligence Service.

—Hola, Miller —saludó el recién llegado—. Espero que aquí podamos hablar sin miedo. ¿Es de confianza...? —indicó con la

cabeza al patrón.

—Toda mi gente es de confianza. Pero siéntese, hombre. Parece que haya venido nadando... Ha conseguido intrigarme.

—¿Le ha hablado Glenda?

—Sí. Sin especificar.

—Bien... Ella es de fiar, así que no andaré con rodeos... ¿Podemos bajar?

—¿Tiene mucha prisa? ¿No le apetece un buen scotch?

—No vendrá mal.

Bajaron al saloncito y tomaron asiento en una de las literas que servía asimismo de sofá.

—Usted conoce a Gerda Keterlain —espetó Smith sin rodeos.

—¿Gerda Keterlain...? ¡Oh, sí!

Glenda le lanzó una mirada comprensiva.

—¿Qué pasa con Gerda? ¿Anda el servicio de Inteligencia tras de ella? ¿Es que su padre, el profesor, se ha pasado a los rusos o a los chinos?

—No brome, Larvy. Es un asunto importante. Muy importante.

—¿Y me busca a mí? ¿Seguro que no se ha equivocado?

—Han muerto dos hombres. Alguien parece tener fichados a todos los nuestros y el jefe ha pedido que para esta misión encontremos a uno que no sea conocido.

—¡Oh, Smith! Esto es demasiado para mí. No merezco tantos honores.

—Glenda —dijo entonces Smith mirando a la mujer que se estaba enfundando un albornoz demasiado grande para ella—. ¿Le hablaste del precio?

—Parece que no le entusiasma demasiado —replicó ella.

Smith volvió de nuevo su atención hacia el joven propietario del pequeño yate:

—Por lo visto, Larvy, parece olvidar ciertos asuntos.

—¿Sí? —murmuró él distraídamente.

Smith sacó una nota del bolsillo y comenzó a leer:

—Un cierto asunto de contrabando de diamantes no aclarado por completo...

—Yo era comisionista de un negocio. Los diamantes no entraban en el asunto. Eso es una patraña...

—Podría investigarse y quizá el tribunal opinara que hubo...

digamos ignorancia, la cual no exime del cumplimiento de la ley.

—Déjé eso en cuanto lo supe. No pueden acusarme...

Smith siguió leyendo:

—Venta clandestina de obras de arte del Museo Wilson.

—Me encargué de realizar algunas ventas. Yo no soy perito en pintura. Ignoraba que eran obras de arte.

—Le pagaron muy bien para ser un simple intermediario.

—Es que nunca trabajo si no pagan bien.

—Podría investigarse. Tal vez se reconsiderara el asunto y...

—¡Chantaje! Eso es chantaje.

Smith siguió leyendo:

—Explotación de un par de bares de mala nota. La policía los cerró aunque no pudo averiguarse bien si su dueño, el señor Larvy Miller, estaba al corriente de lo que ocurría allí dentro. El señor Miller alegó estar fuera y no pudo probársele su aquiescencia.

—Y es cierto. Nunca he admitido la pornografía y todo lo que fuera contrario a las buenas costumbres. Tengo un buen hotel en Palma. No se me permitiría explotarlo si no cumpliera estrictamente las leyes.

—Bueno... también existen algunas anomalías de pasaporte... Utilización de nombre supuesto...

—No siga, Smith; si quieren fastidiarme pueden hacerlo... ¿Por qué creen que me largué de Inglaterra? Pero aun así sus amenazas no conseguirían que aceptara su proposición si no es de mi agrado.

—Bueno. Admito que es usted un hombre íntegro... consigo mismo claro. Es un tanto más a su favor... Y al mío. Sé que no me defraudará.

—Antes habló usted de Gerda Keterlain... ¿Qué le ocurre?

—¿Le interesa?

—Puede —replicó el joven ambigualmente.

—Está en peligro.

—¿Por qué?

—La histeria no es muy larga, pero la resumiré todavía más.

—Hable.

—El profesor Walter Keterlain consiguió hacer un descubrimiento que entra de lleno en lo secreto.

—Eso es evidente puesto que usted interviene —bromeó Larvy.

Smith prosiguió sin comentar la interrupción:

—Keterlain ofreció su invento al mundo libre, pero en sus pruebas preliminares intervino un técnico, un tal Marsac, y posteriormente se descubrió que el tal Marsac formaba parte de una organización internacional cuya sede se ignora exactamente dónde está, aunque parece ser que radica en Londres.

—¿Y qué hacen ustedes que no la descubren?

—Lo intentamos...

—¿Y me buscan a mí para...?

—Déjeme continuar, Miller.

—Soy todo oídos.

—Keterlain fue asesinado cuando se dirigía a Estados Unidos para reunirse con su hija.

—Qué lástima. ¿Por qué le mataron? ¿Para apoderarse de la fórmula de su descubrimiento?

—Sí. Pero seguramente cometieron un error. Porque Keterlain no llevaba documento alguno relativo a su descubrimiento, lo que hace suponer que todo lo que sabe lo tiene exclusivamente en la cabeza.

—Y murió con él, por tanto no hay problema.

—No sea impaciente.

—No, no. Si le aseguro que no lo soy. Simplemente me parece que estas historias de fórmulas secretas y descubrimientos están ya un poco pasadas de moda.

También Smith pasó por alto el sarcasmo de Larvy que se entretenía en contemplar a Glenda que se le antojaba el espantapájaros más hermoso y fascinante que había visto en su vida.

—Keterlain trabajaba en colaboración con su ayudante llamado Stiwell, un inglés de nacimiento aunque llevaba años fuera del país.

—Será por el clima —adujo sonriente Larvy.

—Y su hija, Gerda.

—¡Oh, sí! Sé que a veces se quemaban las cejas resolviendo logaritmos en el laboratorio de su padre. Una lástima. Es una chica estupenda... Mejorando lo presente, claro.

—Lo que importa es encontrar a Gerda.

—¿No está en Estados Unidos?

—No. Salió con rumbo desconocido. Parece que tomó un avión con destino a Bangkok, pero no ha sido posible hallarla. El agente

que la seguía en Nueva York fue asesinado, y en París murió otro de nuestros hombres encargado de seguir a Marsac. Tanto ella como él es preciso encontrarlos antes de que puedan ser obligados a comunicar su descubrimiento.

—Sepamos cuál es ese descubrimiento tan sensacional.

—No hay inconveniente, pero debe guardar el secreto.

—Soy una tumba.

—Se trata de un detector electrónico con control remoto que permite abrir cualquier tipo de cámaras acorazadas.

—¡Vaya! ¡Hay que ver en qué se entretienen los científicos!

—Fue uno de esos inventos que surgen por casualidad... Trabajaba en otra cosa y de pronto descubrió ese artefacto que todavía tiene que perfeccionar.

—Los ladrones están de enhorabuena.

—Exacto. Y Marsac pertenece a una organización sospechosa de haber tomado parte en numerosos actos delictivos. El robo de la colección Wells; joyas valoradas en casi un millón de libras esterlinas; el atraco al Banco de Liverpool, y el asalto al camión blindado que transportaba lingotes de oro de las minas de Sudáfrica. Operan con una técnica moderna; son perfectos y escurridizos. Se han podido detener a algunos hombres; pero ninguno vivo, y el jefe se oculta en la sombra sin que se tenga la más remota sospecha de quién pueda ser... Marsac trabaja en su organización y no hay duda de que va detrás de ese invento.

—Bueno... Por lo que veo esto es cosa de la policía.

—Y del Servicio de Seguridad también. No olvide que un instrumento como el inventado por el profesor Keterlain puede tener otros usos bien distintos, incluyendo las cámaras de seguridad de las cancillerías, de todos los lugares donde se guardan planos, proyectos, prototipos... No hay que descartar la posibilidad de que la organización se dedique igualmente a la venta de documentos al mejor postor y con un artefacto de esta especie...

—Ya. Se harían los amos del mercado, sin competencia posible.

—Entre otras cosas.

—Y nuestros paisanos quieren llevarse el gato al agua.

—Tenemos el deber de impedir que el secreto caiga en manos de quien pueda perjudicarnos... Es necesario conocer bien el aparato para fabricar digamos el antídoto... ¿Comprende? Y en todo caso,

entretanto evitar que alguien pueda fabricarlo.

—Usted habló antes del mundo libre... Muchos países deben tener agentes al acecho.

—No. La muerte del profesor consta ocurrida como accidente. Y todos los que conocen su invento, creen que ya está en nuestro poder.

—¿Tratan de jugárselas a sus compatriotas, eh?

—No es eso. Aparte de que yo sólo cumplo órdenes, el mando consideró que si se guardaba el secreto se evitaría entre otras cosas un ridículo considerable. La custodia del profesor estaba encargada a uno de nuestros agentes que resultó ser un agente doble... Nos dimos cuenta demasiado tarde.

—Y asesinó al profesor... Esto es un desprestigio.

—¡Exacto! Aunque no lo tome a broma. Esto ocurre en las mejores familias.

—Usted también tiene sentido del humor —y Larvy cambió su tono, dejó de sonreír y agregó seriamente—: ¿De veras puede correr peligro Gerda Keterlain?

—De muerte.

—Está bien. Usted gana... Usted y esas cincuenta mil *razones*...

—Veinticinco mil —rectificó el del Intelligence Service.

—Ni usted ni yo. Partimos la diferencia.

—Treinta. Es lo máximo que estoy autorizado... Y puedes estar contento. A los de la plantilla no nos ofrecen más que el sueldo.

—¡Qué pena! ¿Cuándo tengo que ponerme en movimiento?

—Ayer.

—Eso se llama rapidez. ¿Dónde queda nuestra flema, Smith?

—Eso para la literatura. Tú consigue encontrar a Gerda. Es posible que ella sepa dónde está Stiwell.

—¡*Cherchez la femme*!, que dicen los franceses. Bien, Smith... Ya puede ir con la buena nueva a su jefe. Ha nacido un nuevo agente... Pero espero dimitir pronto.

—¿Dónde irás, Miller? —inquirió Smith.

—Ha hablado de Bangkok, ¿no?

—Pero allí no está.

—Conozco un par de sitios donde pueden informarme. Las ventajas de tener amigos por todas partes.

—Tenme al corriente... por mediación de Glenda.

—¿Glenda?

—¡Oh, sí! Será más disimulado si viajáis los dos. Los gastos en este caso corren de tu cuenta, pero creo que la compañía bien lo merece... Hasta la vista, muchacho. ¡Suerte! Y no lo olvides... Glenda ya sabe cómo ponerse en contacto conmigo.

Poco después la lancha de Smith se alejaba por la costa de Valldemosa.

En el silencio de la costa parecía sonar de algún lugar uno de los preludios que compuso Chopin en su breve estancia en la cartuja oculta por la montaña, cuando creía visionar fantasmas y extraños ruidos nocturnos.

Quizá aquella música imaginaria era eso... un preludio de lo que iba a suceder.

CAPÍTULO V

De todos los países del Sudeste asiático, Tailandia es el único que jamás ha sido colonia o ha dependido de otro Estado. Los nativos son gente hospitalaria y alegre, y Bangkok, la capital, es motivo de orgullo de los tailandeses, porque con casi sus dos millones de habitantes es la ciudad más populosa del Sudeste de Asia, y donde lo moderno se da la mano con lo más tradicional y característico.

Ahí está la moderna New Road, la principal arteria, con sus Bancos, sus hoteles, sus establecimientos y, ¿cómo no?, sus salas de fiestas.

En la New World es donde se hallaban Larvy y Glenda la noche de su llegada.

—Apenas llevamos dos horas aquí. No hemos visto nada y ya estamos en un *cabaret* —murmuró ella.

—Ya tendrás tiempo de ver la ciudad.

Larvy se había puesto su impecable *smoking* y ella un vestido de *soiree* que realzaba sus líneas.

—¿Es aquí donde esperas obtener información?

—Tengo un buen amigo. Antes hice negocios con él.

—De los que no le gustan a Smith.

—Negocios limpios, querida... Pero no le veo.

Al acercarse un camarero, Larvy preguntó:

—¿Puedo ver al señor Lee Thompson?

—El señor Thompson viene poco por aquí. Si me da sus señas las pasaré al encargado —replicó el camarero chapurreando el inglés.

—El señor Thompson era el encargado —replicó Larvy.

—Ahora no, señor...

—Bien... Dígame dónde está el actual encargado. Me entenderé con él.

—Le avisaré, señor.

La orquesta dejó de tocar una música del folklore popular para dar gusto a los turistas deseosos de bailar.

Larvy guiñó el ojo a Glenda e indicó la pequeña pista.

Bailaron dos piezas y luego las luces se debilitaron mientras por los micrófonos se anunciaba el «número» a cargo de la princesa Yeh-Mira.

Poco después la «princesa» acompañada de una corte de seis bailarinas dio comienzo a su danza exótica un poco sofisticada de cara al turismo y con mucho *sexy*.

La cosa terminó en un vulgar número de *streat-teasse* que dejaba un poco en «suspense» a los espectadores porque en el momento de quitarse la última pieza, se apagaron las luces.

Eso formaba parte del número, pero ocurrió algo fuera de programa. Un disparo.

Se escucharon varios gritos femeninos y ruido de algunos vasos al caer al suelo.

Cuando las luces se encendieron de nuevo, la princesa y sus danzarinas ya no estaban en la pista, de acuerdo con el montaje del número, sin embargo, había un revuelo de gente en torno a un pasillo que separaba los palcos de las mesas de pista.

—¡Han asesinado a un hombre! —dijo una voz en inglés.

Se mezclaron otras voces pronunciadas en idiomas distintos, y Larvy se acercó a curiosear.

Glenda iba a su lado.

Abriéndose paso entre la gente, pudieron ver la figura de un hombre en traje oscuro de calle, tumbado en el suelo. Su rostro había quedado de perfil, con las manos pegadas en las baldosas.

Larvy miró a Glenda:

—Es Lee.

—¿Tu amigo?

—Sí... Y es extraño que haya acabado así justo en el momento en que solicito hablar con él. Esto no me gusta.

Algunos dientes optaron por marcharse, pero las puertas se cerraron y un caballero de aspecto respetuoso y educado pidió:

—Por favor, señores, ocupen sus sitios. No les ocurrirá nada...

—Debe ser de la policía —murmuró ella.

El asintió.

—Sí. Es posible —y quedó pensativo.

El camarero pidió cortésmente a Larvy que le acompañara.

El inglés aceptó y Glenda fue con él.

Pasaron al despacho de la sala de fiestas. Allí estaba un inspector de la policía local ayudado por dos agentes de paisano que permanecían con él y otros que guardaban la puerta.

Cruzaron el umbral y enseguida el inspector preguntó a Larvy su nombre.

—¿Su pasaporte?

—En el hotel.

—Ya... Me han informado que usted deseaba hablar con el señor Lee Thompson, lo que indica que usted le conocía.

—Más o menos.

—¿Cuándo fue la última vez que le vio?

Larvy sonrió:

—Pues si la memoria no me es infiel hará unos dos años... En Londres.

—¡Oh! ¿No había hablado con el señor Thompson desde entonces?

—Hace unas tres horas que he llegado en viaje de turismo. Sabía que Thompson era encargado de este local y quería saludarle. Esto es todo.

—¿Piensa permanecer muchos días en Tailandia, señor... Miller?
—inquirió el policía en correcto inglés.

—Pues no sé... depende. No creo que sean muchos.

—¿No lo sabe usted?

—En este momento no. Claro que si andan matando a la gente así, puede que me marche incluso «antes».

—No es corriente que esto ocurra, señor Miller.

—Lo celebro.

—Bien... Antes de irse deje anotadas sus señas, el nombre del hotel, me refiero.

Tendió a Larvy un block y un lápiz.

El inglés anotó hotel y habitación y preguntó:

—¿Algo más?

—Nada más de momento, pero puede que le necesite. Por favor, si se ausenta de Bangkok hágamelo saber.

—Esto me suena a... ¡Oiga! ¿No pensará que yo tenga nada que ver, verdad?

—No pienso nada, señor Miller. A propósito... ¿Tiene usted un arma?

—En mi hotel. Simple precaución cuando viajo.

—¿No la lleva encima, ahora? —No.

—¿De qué marca es su arma?

—Un «Colt».

—Automático, claro.

—No, inspector. No es automático. No me gustan, cuando uno los necesita se encasquillan.

—¡Oh! Es verdad. Es lo malo de las armas automáticas... Por cierto, ¿quería preguntar algo especial al señor Thompson?

En la amable cortesía del policía, Larvy, veterano en interrogatorios creyó adivinar una cierta desconfianza.

—Saludarle. Ya lo he dicho.

—Buenas noches, señor Miller. Esto es todo por el momento.

Salieron del despacho y tuvieron que cruzar el corredor antes de llegar al local donde el espectáculo había terminado aunque la gente siguiera en parte en la sala en espera de recibir la orden de poder abandonarla.

Reinaba la impaciencia y el murmullo de voces se producía en tono elevado.

—¿Crees que esta muerte pueda tener que ver? —inquirió ella.

—Es lo que trataré de averiguar. Thompson no era un amigo íntimo, pero le apreciaba, podía tratarse con él, y no era de los que dan esquinazo en cuanto les necesitas.

—Quizá lo mataron por otras razones.

—Quizá... —murmuró él con un tono diferente a su habitual desenfado.

El camarero que les había servido se acercó y murmuró con cierta reserva:

—El señor Angko le está esperando.

—¿Quién es el señor Angko?

—El gerente, señor. ¿No quería hablar con él?

Tras una ligera duda, Larvy replicó:

—Sí. Dígame dónde está.

—Por aquí, señor —replicó servicial el camarero.

CAPÍTULO VI

El New World tenía un jardín posterior donde se aspiraba la fragancia de las flores que circundaban un pequeño lago.

El lugar semejava uno de los *klong* (1) que atravesaban la New Road.

En pie bajo un artístico farol producto de la artesanía del país se encontraba un hombre vestido con un elegante *smoking* blanco. Rayaba en los cuarenta años y poseía todo el aplomo y la prestancia de quien está habituado a tratar a las personas y se considera hombre de mundo.

Su aspecto podía considerarse europeo si bien ciertos rasgos de su rostro invitaban a pensar que en sus venas corría sangre aborigen.

—Me llamo Angko. Un camarero me ha dicho que deseaba hablar con el malogrado señor Thompson... Una verdadera desgracia. Nunca había ocurrido nada igual en mi local.

—¿Es suyo? —preguntó Larvy—. Creí que solamente era usted el gerente.

—Puedo decidir como si fuera mío, señor... Miller.

—¡Ah! ¿Conoce mi nombre?

—Lo oí nombrar cuando le llamaron para interrogarle. Espero que no le hayan causado demasiadas molestias.

—No más de las imprevistas. No esperaba esto a las pocas horas de mi llegada... ¡Oh! Le presento a la señorita Clark —añadió al ver que Angko parecía demostrar un especial interés por el rostro de la muchacha.

—A sus pies, señorita... ¿Y bien? ¿Puedo servirle en algo?

—Sí. Quería saber el domicilio de mi amigo Lee Thompson, aunque dadas las circunstancias ya no podré encontrarle allí.

—El señor Thompson tenía una casa en Taksim. Una villa espléndida. No tiene pérdida. Es la casa más grande de aquel sector

del canal. Claro que ahora no encontraría a nadie.

—Lo supongo.

—Bien... Lamento no poder atenderle mejor... Si necesita algo no vacile en recurrir a mí durante su estancia en Bangkok.

—Por cierto, señor Angko... Mi amigo tenía bastantes amistades...

—Sí... ¿Desea encontrar alguna en particular?

—Cierta señorita tenía prevista su llegada a esta ciudad...

Entre sus muchas ocupaciones figura la de escritor, ha escrito algún libro.

—¿Cómo se llama?

—Keterlain. Gerda Keterlain. Es alemana de origen, aunque habitualmente vive en Suiza. Ella conocía a Lee Thompson y es probable que si está aquí haya hablado con él... Espere, le enseñaré una foto.

Buscó su cartera y extrajo una fotografía donde podía verse a Thompson, al propio Larvy Miller y en el centro a una mujer. El retrato había sido tomado a la orilla de un lago con unas montañas de fondo.

—Es en Lausanna, Suiza. Lee y yo habíamos ido de excursión. Gerda fue una excelente guía.

—No recuerdo a esta señorita —murmuró el gerente del New World. Pero se me ocurre que puede hablar usted con Bob Anso. Es americano, compatriota del señor Thompson. Quizá él pueda informarle. Eran muy amigos y le gustaba hacer conquistas.

—Gerda no es de ese tipo de mujeres, pero deme las señas de todos modos.

—Canal Muang, 42. La casa es más modesta que la del señor Thompson.

—Gracias.

—Hasta pronto, señor Miller. ¡Señorita!

Poco después, en la calle, Larvy comentó:

—No sé por qué pero no me gusta ese tipo.

—Ni a mí.

—Por si acaso, te acompañaré al hotel. Esos canales no son muy recomendables a ciertas horas.

—¡Oh, no! No quiero perdérmele. He oído hablar tanto de los *klong*.

—Glenda... la misión me la encomendaron a mí.

—Pero yo debía ir contigo para no despertar sospechas... ¿Verdad?

—Como quieras —replicó él resignado.

Detuvieron un taxi y se hicieron conducir al Muang.

El automóvil sólo les pudo dejar hasta la esquina. La calle era completamente fluvial y en ella podían verse las barcas-vivienda que luego durante el día se convertirían en tiendas en las que sus propietarios venderían los más variados productos.

De noche aquello tenía un aspecto misterioso, tal vez por tratarse de algo desusual en los países del Oeste.

Para recorrer la «calle» era necesario alquilar; un pequeño *sampan*[3]

Un mozaibete solícito se ofreció a alquilar el suyo y poco después Larvy y Glenda subían a bordo y el barquero comenzaba a remar alcanzando pronto una velocidad muy digna teniendo en cuenta que los sampanes-vivienda fluían por doquier y se necesitaba ser un verdadero experto para sortear los obstáculos.

El número cuarenta y dos de la «calle» era un edificio oscuro de dos plantas del más puro estilo aborigen.

No había ninguna luz y daba la sensación de un lugar abandonado.

La casa, además estaba aislada, y a uno y otro lado crecían espesuras de bambú y alguna que otra palmera.

—Espera, chico —dijo Larvy al muchacho que les había alquilado el sampan—. Y tú no te muevas de su lado...

Oye, llévala a dar una vuelta. A la señorita le encantan los canales de Bangkok.

Ella iba a protestar pero Larvy ya había largado un billete al barquero que lanzó un:

—Gracias, señor... La llevaré a ver todos los canales —y se puso a remar con el mayor ardor.

Larvy sonrió al ver alejarse la embarcación y después su sonrisa desapareció cuando cruzó la tabla de madera para dirigirse a la entrada de la casa.

La puerta estaba abierta, y de ella arrancaba una escalera que subía al piso superior.

Antes de subir, Larvy echó una ojeada a una de las ventanas de

la planta baja.

Tenía rotos algunos cristales y podía observarse que se trataba de una especie de almacén, a juzgar por la enorme pila de cajas y el olor característico a pescado.

Se decidió por la escalera y tras hacer uso de una diminuta linterna continua llegó a la única puerta que existía en el también único rellano.

Llamó con los nudillos y no obtuvo respuesta.

Probó de empujar asiendo el pomo y este después de girar dejó la cerradura libre y se abrió.

Larvy frunció el entrecejo. Con los sentidos en tensión y presto a cualquier eventualidad continuó empujando hasta dejar espacio suficiente para pasar al interior.

Procurando aclimatar sus ojos a la oscuridad tanteó el terreno con el pie.

Una madera crujió bajo sus pies y se detuvo.

Pudo ver el tenue resplandor que llegaba del canal, a través de la persiana.

Tanteó la pared en busca de un conmutador de luz, pero al encontrarlo y accionarlo no consiguió que nada se encendiera.

Dio otro paso hacia adelante y...

Tuvo la sensación de que el suelo se hundía. Más que una sensación era una realidad.

Una tabla en falso cedió y desprevenido por lo inesperado su cuerpo se hundió.

Consiguió con una rapidez de reflejos extraordinaria, asirse al borde de otra tabla que permanecía firme en el suelo y mantenerse colgado unos segundos mientras trataba de serenar su respiración.

Lanzó un suspiro y trató de subir a pulso, pero notó que la tabla a la que estaba sujeto estaba cediendo.

Entonces se dio cuenta de que una buena parte de la techumbre, o piso de la habitación, según se mirara, no existía. Había un enorme boquete que comunicaba directamente con la planta baja.

Comprendió que la tabla iba a ceder y optó por dejarse caer, pensando que no era lo mismo caer que tirarse.

Sus pies chocaron en un montón de cajas que crujieron. Se tambaleó con las piernas flexionadas unos instantes y tomando nuevo impulso saltó a tierra firme.

Entonces percibió un ruido a su espalda.

Se volvió.

Fugazmente un rayo de luz brilló en algún objeto y enseguida supo que se trataba de una navaja automática.

¡Alguien le estaba amenazando!

Casi antes de que terminara de pensarlo, la mano asesina se abalanzó sobre él y Larvy con un ágil y oportuno quiebro pudo impedir un golpe que habría podido ser mortal.

Nuevamente el agresor amparado en la oscuridad se puso en guardia.

Y cuando Larvy se aprestaba a defenderse, sonó el chasquido de otra navaja al abrirse.

Se volvió.

Estaba entre dos hombres armados dispuestos a acabar con él.

Tomó impulso y saltó sobre tres o cuatro cajas apiladas para dejarse caer con los pies por delante contra el agresor número uno.

El hombre recibió el impacto de los zapatos contra el cuerpo y cayó hacia atrás derribando otro buen montón de cajas.

Larvy se volvió presintiendo la proximidad del agresor número dos.

El cuchillo avanzó veloz hacia su abdomen y el inglés pudo detener la acometida inmovilizando el brazo homicida entre el suyo y el cuerpo en hábil llave.

Inmediatamente con la mano libre retorció aquel brazo consiguiendo que su antagonista soltara el arma tras lanzar un gruñido bestial.

Tanteó el suelo para empujar el cuchillo lejos y se dispuso a volverse para frenar a su otro oponente.

En aquella lucha en la oscuridad Larvy llevaba la peor parte, por desconocer el lugar, por no llevar encima su revólver y por estar en inferioridad numérica.

El otro le rozó el brazo con el cuchillo desgarrándole la tela del *smoking*.

Se revolvió rápido y trató de golpear el costado del agresor número uno.

No lo consiguió por entero y su enemigo ya estaba de nuevo dispuesto a atacar.

Por detrás se acercaba el otro con un hierro.

Lo descargó con energía contra la cabeza de Larvy que con un sexto sentido se apartó a tiempo.

El otro golpeó en el vacío y con su acción hizo retroceder a su compinche.

Larvy se revolvió y conectó un demoledor directo que alcanzó de lleno al tipo lanzándolo contra un montón de cajas que cayeron con gran estrépito.

Sin dejarle reponer se tiró contra él obligándole a caer de nuevo y asestándole dos buenos golpes en el rostro que arrancaron un jadeo al golpeado.

Se revolvió rápido para lanzarse de cabeza contra el del cuchillo que cogido por sorpresa y acusando el terrible golpe en el vientre cayó hacia atrás.

Larvy puesto en pie le golpeó despiadadamente la mano obligándole a soltar el arma.

El primero en caer pronunció unas palabras en un dialecto del país y echó a correr. El otro pudo alcanzar el pie de Larvy y retorciéndoselo le obligó a echarse al suelo.

Se levantó rápidamente el inglés, pero su agresor había optado también por alejarse.

Larvy les siguió.

Habían tomado una puerta trasera y el exterior era un mar de bambú.

Aun así intentó seguirles, pero cuando llegó a la orilla del otro canal que discurría oblicuamente al de la parte frontal de la casa, los dos tipos se alejaban remando rápidamente. No había ninguna otra embarcación para seguirles.

Cuando regresó, el muchacho agitó la mano desde lejos.

—¡Ahora venimos, señor! —dijo.

Poco después regresaba al lado de Glenda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella al ver el aspecto del joven y el desgarró de la manga de su chaqueta.

—Nada, querida... Por lo visto el señor Angko me ha gastado una broma, que me gustaría devolverle.

CAPÍTULO VII

Eran las dos de la madrugada y Glenda dormía plácidamente, sus ropas estaban esparcidas por el suelo y el rostro de la inglesa denotaba un absoluto y total relajamiento.

Larvy había dejado el hotel y en un taxi se hizo conducir a las proximidades del New World.

Buscó una puerta secundaria y al encontrarla la empujó.

Estaba cerrada. Sonrió y después de sacar algo de su bolsillo probó de forzarla.

Tras algunos intentos la puerta cedió.

Guardó el alambre en su bolsillo y pasó al interior.

Era un pasillo oscuro que comunicaba al almacén por un lado y al corredor del camerino de los artistas.

Más allá estaba la puerta del despacho de Angko.

Avanzó con sigilo y al llegar delante de unas puertas escuchó unos pasos.

Inmediatamente buscó dónde esconderse.

El pasillo formaba un recodo a escasos centímetros de la puerta.

Se pegó a la pared en el momento en que alguien abría.

Salió Angko y saludó a alguien que Larvy no podía ver.

—Hasta mañana. Voy a quedarme un rato para ordenar unas cosas.

Nadie respondió y el gerente dejó la puerta entornada encaminándose hacia el final del corredor. Allí el lugar formaba una especie de sala interior, una de cuyas puertas daba acceso a su despacho.

Larvy permaneció en el mismo sitio conteniendo la respiración.

Asomando ligeramente pudo ver a la mujer. Estaba de perfil recogiendo su bolso cuando volvió a dejarlo para tensar mejor sus finas medias.

El inglés reconoció a la «princesa»

Yeh-Mira.

En aquel momento que no tenía otra cosa que hacer que esperar y pensar, recordó algo puramente trivial.

Se dijo que resultaba curioso que no viendo el rostro de la mujer que se estaba ajustando las medias la hubiese reconocido perfectamente. Y la cosa se comprendía. Había un detalle que hacía inconfundible a la «princesa».

El detalle era aquel tatuaje en forma de rosa que la mujer lucía en la parte posterior, algo más arriba de la rodilla derecha y que podía verse perfectamente a través de la fina malla de la media.

Luego, cuando ella bajó la falda el tatuaje quedó oculto. Larvy se pegó más a la pared y esperó a que dejara la habitación, cerrara la puerta y tomara el camino de la salida.

Lanzó un suspiro y salió de su improvisado escondite para ir directamente al despacho del gerente.

La princesa salió a la calle por la puerta principal. Un automóvil la estaba esperando con un chófer al volante.

—¿Dónde? —preguntó.

—Al hotel.

El hombre puso en marcha el automóvil de matrícula tailandesa y poco después paró en el mismo edificio hotelero del que poco antes había salido Larvy Miller.

—No voy a necesitarte. Puedes irte, Charlie.

—Muy bien —replicó el hombre.

El portero nocturno abrió la puerta a la princesa y ésta se dirigió directamente a la conserjería.

El encargado nocturno se levantó soñoliento.

Le entregó la llave de su habitación y ella murmuró:

—Necesito un pasaje para el avión de la noche con destino a Capetown [2]. Primera clase.

—Sí, señorita.

—Pueden presentar mi cuenta al señor Angko del New World.

—Muy bien, señorita —replicó el conserje.

La vio alejarse con su paso altivo, erguido el cuerpo y un ligero e insinuante contoneo y se quedó como hipnotizado. La princesa era realmente hermosa.

El puño derecho de Larvy salió catapultado y no se detuvo hasta

chocar contra el rostro de Angko.

Antes de que pudiera reponerse la zurda del inglés se abatió implacable contra su abdomen para enseguida pegarle con la derecha.

Inclinado hacia delante y gimoteando de dolor, el gerente del New World recibió un nuevo impacto en la barbilla que le enderezó levantándolo casi del suelo.

Finalmente Larvy le colocó un soberbio *uperkut* que le lanzó contra una butaca que derribó para caer hecho un auténtico guiñapo.

Medio inconsciente fue sentado en el sofá y con sonoras y continuas bofetadas Larvy intentó reanimarle:

—Vamos, vamos... El juego es así, a veces reciben unos y otras los otros, pero yo no tengo cuchillo.

—Le... le repito que no sé de qué me habla —balbució Angko con un hilillo de sangre que surgía del borde de sus labios.

—No empecemos otra vez, Angko... Soy demasiado terco y le aseguro que cuando yo salga de aquí o me habrá dicho la verdad o no va a reconocerle ni su padre.

—Yo... Yo...

Larvy soltó de nuevo la derecha que como una lanza chocó contra el mentón del dueño del local.

Saltó por encima de la butaca y su cabeza chocó contra el suelo.

Aquella vez quedó completamente inmóvil.

—Ahora le he dado demasiado fuerte... Tendré que esperar —murmuró para sí, el inglés.

Sonaron unos golpes en la puerta:

—¡Señor Angko! ¡Señor Angko!

«Vaya, tenemos visita», pensó Larvy.

—¿No se encuentra bien, señor Angko? ¡Conteste! ¿Está usted ahí?

Era un hombre salo pero Larvy pensó que no sería de extrañar que vinieran más.

Tomó una decisión. Apagó la luz general, puesto que la del portátil de la mesa se había apagado sola al caer durante la lucha de carácter unilateral y se había hecho pedazos. Luego, se encaminó hacia la puerta, tomó la empuñadura, esperó un segundo y abrió de golpe.

En el umbral había un hombre. El portero. Era un tipo fornido, corpulento.

Antes de que pudiera reaccionar Larvy catapultó su puño izquierdo hacia la boca del estómago del sorprendido servidor y cuando se inclinó hacia delante, lo cual ya esperaba Larvy, le aplicó un golpe de *jiu-jitsu* a la nuca que derribó al fornido individuo que cayó como un pesado fardo.

Se sacudió las manos y salió utilizando el mismo camino que cuando entró.

Salió por el callejón y después de comprobar que no había nadie merodeando por los alrededores insufló aire fresco. Lo encontró muy estimulante.

Caminó un par de manzanas y entonces creyó advertir que un automóvil le seguía con los faros apagados.

Apretó el paso hasta llegar a la siguiente travesía. Era uno de los canales que cruzaban la arteria principal, convertido en un bello jardín flotante.

Se metió por la esquina y se detuvo agazapado entre unos setos.

Por entre las hojas vio cómo el coche se detenía y de él se apeaba el único ocupante del vehículo.

Era un hombre alto, vestido a la europea como correspondía a su rostro. Lo mismo podía ser inglés que de cualquier otra parte del mundo occidental.

El hombre intentó taladrar las tinieblas que envolvían el canal.

Avanzó sobrepasando el escondite de Larvy que aprovechó para enderezarse súbitamente y surgir a la espalda del individuo que intentó volverse.

Larvy le asió un brazo retorciéndoselo a la espalda:

—¿Jugando al escondite, amigo?

—¡Oh, Miller! ¿Es usted Miller, verdad? Suelte ya, me va a romper el brazo.

—Y lo haré si no me dice por qué me sigue.

—Porque quiero hablar con usted. Soy Bob Anso y era amigo de Thompson.

—¡Vaya! Anso... el de la casa con piso trucado —le soltó el brazo y se colocó frente a él atento al menor movimiento que pudiera hacer.

—¿Piso trucado? No le comprendo.

—Pregunte a su amigo Angko... Pero espere a mañana. Le he recetado un buen somnífero y voy a hacer lo mismo con algunos si tratan de fastidiarme las vacaciones.

—¿Angko? No. Se equivoca si cree que es mi amigo... Comprendo. Le tendió una trampa, pero le aseguro que no tuve nada que ver.

—¿No? —inquirió Larvy con recelo.

—Yo estaba en el New World. Tenía que ver a Lee.

—¡Qué casualidad! Yo también deseaba hablarle.

—Le vi a usted y oí que preguntaba por él. Luego pensé hablarle a usted pero ya no volví a verle.

—¿Y de dónde sale ahora?

—Bueno... Aunque en Bangkok hay muchos hoteles, los turistas suelen ir a los mejores. Me costó un poco pero al fin di con el suyo.

—¿También sabe cómo me llamo?

—Lo oí cuando el camarero le llamó para el interrogatorio.

—La gente tiene buenos oídos. Debe ser el clima.

—Vamos a hablar a algún sitio. ¿Quiere?

—Si lo que tiene que decirme es importante...

—Depende de lo que pregunte —replicó el otro.

Un buen sitio era el interior del automóvil que Anso conducía.

Se alejaron del centro para detenerse en una zona tranquila y silenciosa, casi desértica.

—Sé que Lee recibió la visita de una muchacha rubia, bien parecida. La vi una vez... Bromeó refiriéndome a ella y Lee me contestó que era una excelente amiga.

—¿Recuerda si era ésta? —replicó el inglés mostrándole la foto que antes había enseñado a Angko.

—Pues sí... La misma.

—No hace mucho que estuvo aquí. Me gustaría hablar con ella. Como ha visto por la foto somos amigos...

—No creo que la encuentre...

—¿Por qué?

—Lee me dijo que se había ido o que tenía que marcharse. No recuerdo, fue una conversación sin importancia.

—Oiga, Anso, trate de recordar.

—¿Le interesa mucho?

—Bastante.

—Usted lleva muy buena compañía. Cuando le vi en el New World...

—Me gusta variar. ¿A usted no?

Anso se limitó a sonreír.

—¡Oiga! —añadió el inglés—. ¿Por qué mataron a Thompson?

—¿Cree que puedo saberlo?

—¿Fue Angko, no?

—Pudiera haberlo ordenado él.

—¿Tenía motivos?

—Mire, cuando se hacen negocios poco claros suelen ocurrir estas cosas.

—¿Quién hacía negocios poco claros?

—Angko es una persona bastante influyente en los bajos fondos de la ciudad. Creo que Thompson le debía algún dinero, pero esto no podrá probarse nunca.

—¿Y por qué Angko lanzó sus mastines contra mí?

—Bueno... Usted preguntó por Thompson y seguramente intentó asustarle para prevenirle de lo que podría pasar si trataba de profundizar demasiado.

—Yo creo, Anso, que Angko quiso hacer algo más que asustarme. Aquellos tipos llevaban navajas muy afiladas.

—Tenga cuidado, Miller.

—Pero ¿de qué? ¿Y por qué?

—Usted sabrá lo que busca exactamente, pero no olvide que es peligroso enfrentarse con Angko.

Larvy sonrió:

—¿De veras? Apuesto a que en estos momentos él debe estar pensando lo mismo de mí. ¡Ande, vamos! Y trate de recordar algo más sobre Gerda Keterlain.

Bob Anso puso el automóvil en marcha y poco después se detenía ante el hotel de la New Road.

Subió a su habitación del sexto piso, deteniéndose unos instantes delante de la puerta de Glenda.

Escuchó un instante a través de la puerta y creyó percibir su respiración acompasada. Sonrió para sí y sacó un cigarrillo mientras se le ocurrió pensar que de todo aquel viaje lo más agradable era la presencia de Glenda.

No hubiese pensado lo mismo de haber visto cómo en aquel

preciso instante una sombra se deslizaba hacia la terraza precipitadamente.

Era una mujer.

Al levantar las piernas para pasar a la terraza contigua la falda se levantó varios centímetros dejando al descubierto la rosa tatuada más arriba de la rodilla en la parte posterior de la pierna derecha.

CAPÍTULO VIII

Larvy Miller tenía una fina perceptibilidad.

Aunque a simple vista la habitación aparecía en perfecto orden, algo en el conjunto parecía advertirle de que allí había estado «alguien».

Era un sexto sentido, esa extraña cosa que nos previene del peligro, sin saber decir qué es en definitiva.

Pasó al baño, abrió el armario.

Sí. Sí, todo estaba en orden, pero...

Se encogió de hombros y se metió en el baño. Le iría bien sumergirse en agua tibia para templar sus nervios y descansar lo que le restaba de noche.

Estaba a punto de meterse en la bañera cuando sonó el teléfono.

Salió con la toalla enrollada al cuerpo para tomar el auricular.

Fue un gesto maquinal y por ello espontáneo que le permitió darse cuenta de algo.

Normalmente cada cual tiene sus pequeñas manías o simples costumbres. Entre las de Larvy figuraba colgar siempre el teléfono de modo que el micro quedara a la derecha. Recordaba haberlo puesto así por la noche cuando telefoneó para encargar la cena. Ahora, sin embargo, el micro estaba al lado opuesto y la parte destinada a escuchar era la que ocupaba la derecha. Es decir. Estaba «al revés».

El aparato seguía sonando y Larvy continuaba con la mano encima, pero optó por no descolgar.

Se quedó pensativo.

El teléfono dejó de sonar y entonces se dirigió hacia la puerta sin molestarse en vestirse.

Buscó por el corredor hasta encontrar la escalera de servicio, otro pasillo más estrecho estaba destinado a algunas dependencias reservadas al personal del hotel. Buscó una puerta determinada y

leyó la breve inscripción. Probó de empujar. Estaba abierto.

Dentro había material de limpieza, escobas, detergentes, paños. Eligió dos escobas y buscando encontró un pedazo de alambre. Se llevó también un trapo y desandando lo andado hasta volver a su habitación.

El teléfono sonaba de nuevo pero Larvy no hizo el menor caso.

Se aplicó a la tarea de unir los dos mangos de las escobas enrollándolas con el trapo y asegurándolas con el alambre posteriormente.

Cuando hubo terminado las dos escobas habían doblado su longitud.

El aparato dejó de sonar otra vez y Larvy se separó hasta situarse junto a la puerta del baño. Comprobó que los dos mangos llegaban justo al teléfono.

Con ambas manos intentó descolgar utilizando el palo.

Tuvo que intentarlo dos veces.

Al fin pudo sujetar el auricular. Sólo tenía que empujar hacia arriba para que quedara descolgado.

Lo hizo.

La explosión debió despertar a todo el hotel.

Larvy saltó hacia atrás y quedó sentado en el suelo. Cuando asomó comprobó que toda la pared estaba chamuscada. La lámpara de pared había desaparecido y la butaca cercana a la cama tenía la tapicería quemada.

«Un radio de acción de dos metros», pensó. Era suficiente para acabar con un caballo.

Se acercó cuando por el corredor comenzaban a oírse voces de alarma y pasos precipitados.

Tomó el auricular con un pañuelo. Había quedado partido en tíos trozos. El aparato estaba reventado.

El inspector Shulang, el mismo que le había interrogado la noche anterior dio unos pasos por la habitación, limpia ya y con el sol que entraba radiante por la terraza.

Miró la pared chamuscada y la butaca. El teléfono no estaba.

Al fin volviéndose hacia Larvy murmuró:

—Era en efecto un mecanismo muy simple, pero de considerable efecto. Se coloca en el interior junto a la palanca. Mientras el auricular está sobre el soporte no ocurre nada, pero al levantarlo y

subir hacia arriba el soporte pega en la pequeña espoleta y produce la explosión. Tuvo usted una idea genial utilizando las escobas.

—Digamos que tuve suerte...

—En fin, señor Miller... Si como parece han intentado asesinarle, ya es hora que me diga qué hace usted en Bangkok.

—Turismo.

—No se haga el chistoso, por favor, podría... digamos retenerle.

—¿Por qué?

—Ese artefacto pudo colocarlo usted mismo y hacernos creer que había sido víctima de un atentado.

—¿Por el gusto de fastidiar la habitación de un hotel? No, inspector, soy hotelero, precisamente; nunca causaría un perjuicio a un colega, aunque sólo sea por ética profesional.

—Comprendo, pero el motivo podía ser otro. Por ejemplo, alejar sospechas que pudieran recaerle por el asesinato de Lee Thompson.

—¿Es que sigue considerándome sospechoso, inspector?

—Cuando se comete un crimen, todos los que tenían alguna relación con la víctima pueden en un momento determinado convertirse en sospechosos. ¿No ocurre lo mismo en su país?

—Mire, inspector. Yo no tengo nada que ver, pero, en cambio, puedo decirle que una acertada vigilancia al señor Angko del *New-World* no estaría de más.

—Gracias, señor Miller, pero cuando necesite de sus consejos para llevar un caso ya se los pediré.

Después de dar unos golpes en la puerta entró Glenda.

—Perdonen. Larvy, ha llamado alguien por teléfono que quería hablar contigo.

—¿Está todavía?

—No; ha colgado.

—¿No ha dicho quién era?

Ella negó con la cabeza y añadió:

—Hablabla muy bajo, apenas se le oía.

Larvy se encogió de hombros. El inspector dio por terminada su visita.

—Volveremos a vernos. Si tiene algo más que decirme pase por el despacho.

—No tengo nada más que decirle, inspector. Y crea que lo siento.

El policía, con una leve inclinación de cabeza se despidió de Glenda, que apenas se encontró a solas con Larvy, murmuró:

—No he querido decírtelo antes, pero el que llamó era Anso.

—¿Qué quería?

—Dijo que ella estaba en Capetown.

—¡Capetown! —exclamó él.

—Después de permanecer pensativo, añadió:

—No sé si tratan de despistarnos o Anso ha dicho la verdad.

—¿Qué piensas hacer?

—Glenda... Prepara el equipaje. Saldremos en el próximo vuelo para Sudáfrica. Tendré que pedir un suplemento a Smith para pagar los pasajes de avión.

CAPÍTULO IX

Capetown crece en forma alargada bordeando el macizo de la Table. Y la ciudad es una mezcla abigarrada de mestizos, blancos, negros y asiáticos.

La zona del puerto está habitada principalmente por la raza malaya, mientras en el centro tiene una estructura típicamente europea, moderna, con marcado predominio de su influencia inglesa.

Recorriendo en taxi cualquiera de las principales calles, el viajero no encuentra diferencia de cualquier otra ciudad de Europa, a excepción, claro está, de la mezcla de razas.

Glenda, en el interior del taxi, no cesaba de mirar.

—¿Tú habías estado aquí antes?

El asintió:

—¿En qué sitio no has estado tú, Larvy?

—Bueno. He recorrido dos o tres veces el mundo, y al paso que vamos, voy a hacerlo otra vez.

—¿Pudiste localizar a Anso?

—No...

—Entonces, ¿dónde piensas buscar a Gerda?

—Se supone que vino de Bangkok... Hay un medio de averiguar, por lo menos, si llegó.

—¡Oh! ¿Cómo?

—Dando una buena propina para que las diferentes compañías aéreas busquen las últimas listas de pasajeros y confirmen el viaje y el día, después ya veremos...

—Larvy... ¿Es verdad que Gerda Keterlain escribe?

—Sí. Empleaba su tiempo entre ayudar a su padre en las investigaciones y escribir estudios y ensayos.

—Una intelectual.

—Y una gran deportista.

—¿La admiras mucho, verdad?

Él sonrió.

—¿Celosa?

—Bueno, no te pongas vanidoso.

—Admiro lo bello.

—¡Oh!

—Te admiro a ti.

—Gracias por el cumplido.

—Ella representa la belleza serena, la persona reflexiva, cerebral. Tú, en cambio, eres la espontaneidad, abierta, impulsiva.

—Hummm. ¿Y cómo conociste a esa belleza cerebral?

—En Basel, ya te lo dije. Nos presentaron en una fiesta en casa de unos amigos comunes.

—¡Oh! Menos mal que va a fiestas...

—¿Gerda? ¡Oh! Estás pensando que es un monstruo y te repito que es completamente normal. Ya verás que es cierto lo que te digo cuando la conozcas.

Ella se encogió de hombros y se volvió para mirar la calle. El taxi doblaba una esquina y al pasar ante una sala de fiestas, vio cómo un empleado estaba colocando las letras de un luminoso.

—¡Eh, mira esto! —exclamó la joven.

Larvy se volvió y tuvo tiempo de ver las letras puestas:

Próximo debut:

PRINCESA

YEH-MIRA

—¡Yeh-Mira! Hemos hecho el mismo viaje. ¿Curioso, eh?

Y se quedó pensativo.

—Actuaba en el local de Angko... ¿Será una simple coincidencia?

En Londres, y de un avión de transporte, se estaba procediendo a la descarga de un envío muy especial: Un ataúd.

Era el que contenía los restos del agente encontrado en el Sena.

La familia lo había reclamado por conducto particular y, tras los trámites y el correspondiente pago de derechos, la solicitud había sido cumplimentada, después de hacer constar en los papeles el mismo nombre falso del pasaporte, amén de aclarar en forma más o

menos verosímil de que si la nacionalidad era norteamericana, su residencia estaba fijada en Londres.

Más tarde, el coche fúnebre llegaba a la capilla ardiente donde la familia había dispuesto el rezo de un responso.

El hombre que había cuidado personalmente de organizar el funeral, advirtió a la madre del finado:

—Su hijo ha sido embalsamado; he creído que quizá le gustaría verle, y puedo asegurarle que ha quedado perfectamente. No se llevará ningún mal recuerdo.

—Sí, deseo verle —dijo la madre.

En torno suyo se habían agrupado otros familiares, y el encargado se apresuró a abrir las tres cerraduras de seguridad de que disponía el féretro.

Tras la lenta ceremonia, el hombre levantó la tapa.

Hubo un segundo de silencio, donde los rostros de los presentes se contrajeron en una forma harto visible; la madre lanzó un grito:

—¡Dios mío!

—¡Señora! —exclamó el hombre volviendo su mirada hacia el cadáver. Pensó que tal vez durante el viaje había sufrido algún golpe, pero el difunto permanecía con un aspecto de absoluta normalidad.

Era el mismo hombre que fue recogido del río, sin embargo, la madre exclamó:

—¡Éste no es mi hijo!... ¡Éste no es mi hijo!...

Una hora más tarde, en el despacho de John Egan, se había convocado una reunión especial.

Los interlocutores del jefe eran Logan y Harry Smith.

—Lo he visto con mis propios ojos, señores. Y ese hombre no es, en efecto, nuestro agente. Llevaba su pasaporte con la foto de su nuevo portador y toda la documentación que nosotros facilitamos a nuestro hombre, pero no es él... De veras han sido ingeniosos.

—¿Le conoce, señor? —preguntó Smith.

—Claro que le conozco, Smith. Desgraciadamente...

—¿Quién es? —preguntó Logan.

—Stiwell.

—¿Qué? —preguntaron a coro Logan y Smith.

—Sí, señores. Ese hombre que creímos nuestro agente, era el ayudante del doctor Keterlain. Si le mataron es porque no quiso

revelar el secreto o ¡Dios sabe por qué! Esto ya no lo sabremos nunca... Pero el caso es que nosotros creíamos que era nuestro agente y si se las ingeniarón para proporcionarle su documentación, quiere decir también que le habrán matado.

—¿Y el cadáver?

—Enterrado en algún lugar. ¡Vayan ustedes a saber!

—¿Por qué se tomaron tanto trabajo? —inquirió Logan como si hablara consigo mismo.

—Está bien claro, señores. Al conseguir engañarnos por unos días pretendían ganar tiempo... Así, mientras nosotros buscábamos a Stiwell o a la hija del doctor, indistintamente, perdíamos la oportunidad de concentrar todos nuestros esfuerzos en lo que hacen «ellos», o sea, en buscar solamente a la única persona que está en el secreto...

—Es verdad... Ahora ya sólo queda Gerda Keterlain —comentó Smith.

—¿Y qué hay de ese agente que al departamento le está costando un ojo de la cara?

—Se ha trasladado a Capetown, parece que tiene una nueva pista. Es lo que me ha transmitido el enlace.

—Pues si no se dan prisa, Gerda Keterlain correrá la misma suerte que los demás.

Imagino lo asustada que debe de estar esa mujer.

—Pero ella no puede saber que Stiwell ha muerto —adujo Smith.

—No. Y de momento hay que evitar hablar de ello a la prensa. La familia del agente se hará perfecto cargo de la situación. Que uno de ustedes hable con la madre.

Logan y Smith cambiaron una mirada de circunstancias como queriendo decir:

«Siempre nos toca bailar con la más fea».

—En cuanto a su hombre, Smith, comuníqueme que se deprisa.

—Sí, señor... ¡Ah! Y en cuanto a lo de que resulta caro, me permito recordarle que se lo advertí a usted y me repuso...

—Sé perfectamente lo que le contesté Smith —cortó cortés, pero tajante, Egan—. Que dadas las excepcionales circunstancias no reparara en gastos, pero usted me aseguró que era un primera serie. Que lo demuestre.

Cuando aquella noche, Larvy llegó al hotel, ella le mostró el telegrama.

Aparentemente, era un comunicado familiar escrito por un padre a su hija, pero la traducción de la clave decía:

«Resultados inmediatos o peligra la paga. La chica está corriendo serio peligro. Stiwel ha muerto».

—¿Y qué diablos quiere Smith que haga? —Gruñó Larvy, Sirviéndose un *whisky*.

—¿Has conseguido algo de las compañías aéreas?

—Ha costado, pero sí. Toda la tarde perdida, pero, al menos, sé que está aquí, pero ahí está lo bueno, no vino de Bangkok.

—¿De dónde, entonces?

—De París, y hace solamente tres días. Cuando salimos de Londres la teníamos a un paso. ¿De dónde sacaría la información Smith?

Tomó el *whisky* de un trago y añadió:

—De todos modos, juraría que en Bangkok nos estaban aguardando.

—Smith dijo que en este asunto siempre se anticipaban los «otros».

—Entonces, que busque en el departamento, tal vez haya más de un agente doble.

—¿Estás de mal humor, verdad?

—Pienso en Gerda. Si corre peligro y yo puedo evitar que lo corra... Pero ¡diablos!, ¿cómo?

Iba a servirse otro *whisky*, pero, de pronto, consultó el reloj y exclamó:

—Ve a vestirme. Esta noche aprovecharemos el tiempo.

—¿Dónde?

Larvy tomó el teléfono y pidió ser puesto con el conserje.

—Oiga... he leído que en algún local actúa la princesa Yeh-Mira.

¿Quiere decirme dónde y cuándo debuta?

—Un momento, por favor. Cuelgue, le llamaré.

—¿Crees que ella...? —empezó Glenda desde la puerta, cuando se disponía a pasar a su dormitorio.

—No creo en las casualidades, Glenda, y te diré más, me gustaría saber dónde se hospeda, y no creo que sea muy difícil averiguarlo.

El conserje llamó cuando Glenda ya había entrado en su dormitorio.

—Debuta mañana en el Casino, señor.

—¿Podría saber dónde se hospeda? Ya sé que le va a costar un poco de tiempo llamar a los hoteles, pero le compensaré.

—Se hospeda aquí, señor —replicó el conserje, y Larvy recobró en un momento su buen humor.

CAPÍTULO X

Por muchos hoteles que existan en una ciudad, si se busca a alguien que por lógica debe hospedarse en uno de lujo, la tarea de localizar a esa persona queda bastante simplificada, pero en el caso de la princesa no hubo trabajo siquiera. Estaba en el mismo hotel que ellos.

Averiguar la habitación sin preguntar, no resultó demasiado difícil.

Larvy llamó desde un bar cercano al hotel con un pañuelo en el micro para que no pudieran reconocer su voz y la llamada viniera de la calle.

Entretanto, Glenda vestida ya para la cena, se había acercado a la centralita con el objeto de pedir una información, aunque, en realidad, estaba atenta a las clavijas, cada habitación tenía su número marcado en el agujero correspondiente, así que cuando llamara Larvy, la telefonista tendría que poner la clavija en el número de la habitación de la princesa, con lo que sólo tenía que fijarse.

Llamó Larvy, y la encargada de la centralita replicó:

—¿Princesa

Yeh-Mira?

Un momento, señor, veré si está.

Los ojos de Glenda permanecieron atentos a la clavija, que fue conectada a la habitación 224. O sea, segundo piso, número veinticuatro. Ya sabía lo que quería.

La telefonista habló con aquel número.

—Desean hablar con usted por teléfono.

—¿Quién es?

—Ha dicho que era un admirador suyo.

—No estoy para nadie... O si no... Bueno, póngame —replicó la princesa.

Cuando la encargada quiso hablar con Larvy, éste ya había colgado.

—Lo siento, tal vez se haya cortado la línea, pero no contestan. Si vuelve a llamar la avisaré.

La princesa colgó.

Larvy ya estaba de vuelta. Glenda le esperaba en el bar.

—¡Un *whisky*! —pidió, sentándose junto a ella.

—224 —susurró la joven—. Ella está.

—Esperemos que sienta deseos de dar una vuelta.

—¿Entrarás?

—Sí.

—¿Qué piensas encontrar?

—No lo sé, pero, por si acaso... —calló cuando el barman se acercó con el vaso y una botella de *whisky*.

Cuando le hubo servido, Larvy dijo a la muchacha:

—También me gustaría saber dónde va... Así que, como no puedo partirme, deberías cuidar de seguirla. Ya sé que no es trabajo tuyo, pero mataríamos dos pájaros de un tiro.

—¡Oh, encantada! —exclamó ella.

—Pero ten cuidado. Que no se dé cuenta... Claro que con un taxi no es muy práctico. Preguntaré si es posible alquilar un coche.

* * *

La princesa salió una hora más tarde, cuando el restaurante comenzaba a llenarse y varios comensales despachaban ya los primeros platos de la cena.

La bailarina exótica, tal como rezaba la propaganda, llevaba un conjunto a base de pantalón y chaqueta en *lamé*. Lo cual la hacía más llamativa por lo atrevido del conjunto y lo brillante de la tela.

Con su paso erguido y andar resuelto, altiva como una reina y segura de que atraía las miradas que se cruzaban con ella, salió del hotel.

En la calle, Glenda estaba ya al volante de un pequeño coche que había sido posible alquilar.

Larvy, desde el bar, aguardó unos momentos y, enseguida se dirigió hacia los ventanales a tiempo de ver cómo arrancaba el taxi de la bailarina y detrás salía el coche alquilado.

Sin esperar más, el improvisado agente subió por la escalera al segundo piso.

Se detuvo frente al 224 y esperó hasta cerciorarse de que no bajaba nadie del ascensor ni salía persona alguna por las puertas.

Utilizando el alambre que llevaba consigo, improvisó una ganzúa y al cabo de unos instantes obtuvo el resultado apetecido. La puerta cedió y Larvy se coló en la habitación de la princesa.

Ya al entrar y aspirar notó algo inconcreto que le era vagamente familiar.

No un perfume de marcado aroma, pero algo peculiar en algunas personas, una loción de olor apenas perceptible...

La había notado ya en el New-World de Bangkok cuando ella bailaba, y luego en la habitación del hotel tailandés.

«Hay personas que dejan una estela a su paso», se dijo.

Sonrió, convencido de su descubrimiento.

En efecto, muchas personas tienen su olor característico, producto de una colonia, un desodorante, una marca de lápiz de labios. Algo que tal vez para una mayoría es apenas perceptible, sobre todo cuando ese olor no es muy marcado, pero a Larvy, tratándose de una mujer, no podía pasarle inadvertido.

Cerró los cortinajes, encendió la luz y con el máximo cuidado comenzó a revisar el equipaje a medio deshacer.

Sólo un par de maletas de gran tamaño, pero que no significaban mucho para una artista. Era como si contara de antemano en que aquel viaje iba a ser corto.

Profusión de ropa interior; dos minivestidos para actuar en público, todo absolutamente normal.

En el tocador de la habitación estaban los cosméticos y dentro de los cajones algunos pañuelos, dos bolsos de noche, una caja de medias del número 9...

Iba a entrar en el baño cuando creyó oír un leve ruido en la puerta del balcón.

Él la había visto cerrada, pero no asegurada.

La puerta era del tipo deslizante, y a pesar de que las gulas estaban bien engrasadas, rozaron levemente.

El inglés caminó de puntillas y apagó la luz.

En la oscuridad se dispuso a esperar, agachándose de modo que la cama cubriera su cuerpo. No tenía otro sitio mejor a mano.

Ahora el sonido se hizo más audible y la cortina comenzó a moverse.

Sentía curiosidad por ver la persona que entraba.

De pronto las cortinas se separaron, y por entre los dos trozos surgió el haz de luz de una linterna bastante potente.

La luz barrió la estancia. El hombre que se amparaba detrás de ella quedaba completamente a oscuras.

Larvy esperó. La luz avanzaba.

De pronto se apagó y el inglés mantuvo la respiración tratando de averiguar hacia donde se dirigía el visitante.

A gatas dio la vuelta a la cama y volvió a quedar a la escucha.

Entonces tropezó con la pierna del hombre.

Intentó incorporarse al verse descubierto, pero notó que una mano dura le golpeaba el hombro.

Ahogó una exclamación y trató de ponerse a la defensiva.

El otro barrió la habitación con la linterna.

Larvy se agachó a tiempo para que la luz no descubriera su posición. El otro apagó y el inglés tomó impulso y se lanzó contra él.

No pudo alcanzarlo de lleno, porque su antagonista pareció intuir la reacción y esquivó.

Ligeramente tocado, el recién llegado se tambaleó, y al hacerlo tropezó con Larvy que había caído.

En la oscuridad, cada golpe era lanzado al azar, tanto por uno como otro contendiente.

Larvy lanzó un golpe al vacío y sintió en su rostro la rozadura de un directo que, de haberle alcanzado le habría lanzado contra el suelo.

Con la guardia cerrada y esperando la oportunidad de tocar de lleno a su rival, el inglés siguió tanteando.

De pronto, sintió que el otro se alejaba. Inmediatamente pensó en la posibilidad de que pudiera sacar un arma y buscó la suya en el bolsillo.

Casi al mismo instante la luz de la linterna de su antagonista le dio en el rostro, al mismo tiempo que una voz le ordenaba:

—Basta de bobadas. No se mueva, Larvy Miller.

—¿Pero quién diablos...? —empezó el inglés.

Había reconocido aquella voz.

Su agresor rió en la oscuridad y desvió la luz hacia el comunicador eléctrico.

—Encienda —ordenó, y Larry se apresuró a obedecer.

Cuando la habitación quedó inundada por la luz eléctrica, Larvy arqueó las cejas mirando al hombre con el que había estado luchando.

—¡Bob Anso!

—Sí... ¿Y qué diablo hace usted en ese cuarto?

—Lo mismo podría preguntarle yo.

Anso guardó el revólver en un bolsillo.

—Pensé que era usted uno de los guardianes de la princesa. Me dio un buen susto. Estaba abajo esperando verla salir... Hummm. No llevaba mucho rato en la habitación, ¿verdad? ¿Ha encontrado algo?

—Por qué tanto interés... En Bangkok no me dijo nada de que pensaba venir.

—¿Por qué tenía que decírselo? —replicó Anso, que empezó a poner en orden los muebles que con la lucha habían caído.

—En cambio, yo estoy aquí porque usted habló con Glenda por teléfono.

—¿No busca usted a Gerda Keterlain?

Larvy no contestó enseguida. Estaba ayudando a Anso a poner orden en la habitación, y, de pronto espetó:

—¿Para quién trabaja usted?

—Eso es mucho preguntar, amigo.

—Escuche, Anso: Tengo buenos motivos para querer encontrar a Gerda Keterlain.

—Dejémonos de rodeos. Usted trabaja para los ingleses, ¿no? Ya sabe a qué me refiero.

—Supongamos que así fuera, ¿de qué lado está usted?

—¿Cree que si estuviera en contra estaría usted todavía vivo? —replicó Anso con una ligera sonrisa.

Echó una ojeada a la habitación. Todo parecía en orden. Se sentó en una butaca, iba a encender un pitillo, pero desistió de hacerlo.

—Sólo le falta ponerse un anuncio: «Soy agente del Intelligence Service. ¿Novato, eh?».

—Bueno... Usted lo dice todo.

—Demuestra demasiado interés por las personas, y esto llama la atención. Al principio dudé, pero en cuanto supe que le habían

colocado un despertador en el teléfono del hotel, en Bangkok, me dije que era el hombre que esperaba.

—¿Me esperaba?

—Sí. Tomé un avión anterior al suyo. El mismo que tomó la princesa. Luego, esperé a que usted llegara para ver a qué hotel se dirigía. Ella hizo lo mismo. ¿O cree que se hospeda aquí por pura coincidencia?

—No, por supuesto.

—Quieren librarse de usted.

—No hace falta que lo jure.

—Al principio podía convenirles que siguiera vivo, porque usted conoce a la Keterlain y creyeron que les llevaría hasta ella, pero ahora es distinto.

—¿Por qué? —preguntó el inglés, interesado.

—Sencillamente, porque yo también la conozco y, además, sé dónde está.

—¿Quién diablos es usted, Anso?

—El novio de Gerda.

—¿Y además, no será, por casualidad, agente de la CIA?

Anso se limitó a sonreír. Luego, replicó:

—Bueno. ¿Qué ha encontrado usted?

—¿En esta habitación? Nada importante; y a propósito: ¿qué pinta la princesa en todo esto?

—Ando a tientas.

—Creí que lo sabía.

—Fue ella quien se cargó a Stiwell en París. Se libraron primero del agente inglés que había dado con él... ¡Ah! ¿Y quién cree que metió el artefacto en su habitación de Bangkok?

Larvy lanzó un silbido.

—Una chica que sabe defenderse sola, ¿eh?

—Sí... Y yo, en su lugar, no hubiese mandado a Glenda para que la siguiera. La vi partir tras ella y esto puede ser peligroso para su amiga.

—Le dije que tuviera prudencia.

—Hay que tener algo más que prudencia cuando se anda detrás de esa víbora de piernas preciosas.

CAPÍTULO XI

El taxi de la princesa se había detenido en una de las callejas del barrio marítimo.

La pasajera se apeó del coche en presencia de dos malayos, que no parecieron extrañarse de ver una mujer que no vestía precisamente en consonancia con aquel barrio un tanto sórdido.

No abonó el importe de la carrera, y ello hizo suponer a Glenda que volvería.

La joven inglesa había frenado su coche a la entrada de un callejón próximo, maniobrando de modo que pudiera salir de cara en cuanto fuese preciso seguir la persecución.

Bajó un momento y se asomó. El taxi seguía aguardando, y entonces se decidió a avanzar, después de comprobar que en su bolso llevaba una pequeña pistola del calibre 22.

Al llegar donde estaba el taxi se volvió hacia la izquierda, que era la dirección que había tomado la princesa.

Era una calle con un tramo de escaleras.

Vio a algunos hombres vagando o charlando sentados en los peldaños. El lugar era deficientemente iluminado y no había rastro de la mujer a la que seguía.

Subió unos peldaños y entonces vio en el rellano intermedio un portal perteneciente a una tienda. Tampoco estaba muy bien iluminado, pese a que el pequeño establecimiento parecía estar abierto.

Subió lentamente pasando por dos puertas pequeñas, cerradas, que debían dar acceso a las sórdidas viviendas de la calle.

Cuando llegó a la tienda vio que se trataba de un establecimiento de cacharros. Era la casa de un chamarilero.

Miró el breve escaparate intentando ver lo que había dentro. La princesa no estaba.

Se volvió ligeramente y entonces sí la vio:

Había salido de una de aquellas puertas y rápidamente se dirigía hacia el taxi.

Quiso seguirla y se encontró con cuatro malayos que le cerraban el paso.

Intentó rodearles, pero vio detrás de ella a otros dos hombres. La estaban rodeando.

La princesa, de nuevo en el taxi, desapareció por la oscura calle, mientras los hombres iban cerrando el cerco en torno a Glenda.

La muchacha quiso abrir el bolso para sacar su revólver, pero enseguida se vio sujeta por una mano fuerte que le retorció el brazo.

Soltó el bolso y reaccionó de manera poco femenina, pero terriblemente eficaz.

Utilizando la mano libre apartó a otro agresor que intentaba sujetarla por el lado contrario, y, al mismo tiempo, con una llave hábil, se agachó, y el tipo que la tenía sujeta fue limpiamente volteado por los aires hasta dar con sus huesos contra el suelo.

En la caída empujó a otros dos tipos que rodaron escaleras abajo, mientras un cuarto hombre se lanzaba detrás de Glenda a fin de inmovilizarla.

Nuevamente la inglesa, con un alarde de facultades, hizo otro amago y el tipo corrió la misma suerte que él anterior.

Desde el suelo, uno se lanzó en pos de sus piernas y consiguió sujetarla por los tobillos tirando de ella.

Glenda perdió el equilibrio y cayó de espaldas, mientras el tipo seguía asiéndola.

Con un impulso consiguió librar la pierna derecha y la catapultó hacia delante, alcanzando el brazo del hombre, que soltó un gemido, pero por detrás otros dos la obligaban a levantarse.

Los demás se habían repuesto y la asían por los brazos.

Seis hombres eran demasiados. Glenda pareció aceptar lo irremediable.

Uno de ellos habló en dialecto y la inglesa no supo qué decía, pero se vio empujada hacia la tienda.

Bob Anso y Larvy Miller habían salido de la habitación de la princesa después de asegurarse de que nadie podía verles, y se trasladaron a la del segundo.

—Sería mejor que no nos vieran juntos —dijo Larvy.

—No importa. Ellos saben que usted es agente y saben también quién soy yo. No vale la pena andarse con tonterías, ¿no le parece?

Larvy escanció *whisky* en dos vasos y ofreció uno al americano, que aceptó.

—Oiga, Bob... Usted dijo que sabía dónde estaba Gerda.

—Sí. Un novio debe saber siempre dónde está su novia... O casi siempre. ¿No opina lo mismo?

—Puesto que sabe quién soy, debería decírmelo, entre los dos la sacaríamos de El Cabo y la llevaríamos a un lugar... más tranquilo.

—Antes de que consiguiéramos llegar al aeropuerto nos habrían liquidado a usted y a mí, y a ella.

—A ella querrán conservarla para que les facilite los planos...

—Pero no le quepa duda de que si se niega, antes preferirán matarla.

—Sí. Es posible... Pero Gerda está viviendo un gran peligro.

—No lo crea. Donde está no pueden encontrarla, y yo tengo mis planes...

—¿Qué planes son esos?

—Despistar a los otros. Ellos van detrás de mí para que les lleve donde está Gerda, pues bien, si mañana tomó un avión fingiendo tomar toda clase de precauciones para que no me sigan, saltarán detrás de mí como buitres. Yo les llevaré a dar un paseo y les alejaré de El Cabo, y entonces Gerda quedará completamente libre.

—Si pensaba hacer esto no debió venir.

—Me convenía hacerlo. Ellos sospechaban que pudiera estar aquí. Tiene un pariente, y aunque no he ido por donde vive, apuesto a que deben mantener su casa vigilada y cercada.

—¿Y dónde vive ese pariente?

—No sueñe con ir a verlo. Si supieran que un agente va allí ya no les cabría la menor duda de que Gerda está con él.

—¿Y está?

—Mire, Larvy, no haga más preguntas. Si le hice venir es porque me convenía que nos siguieran, ahora, en cambio, le pido que cuando yo me largue, usted venga también conmigo. Atrayendo a los buitres hacia nosotros liberamos a Gerda, que es lo que usted y yo queremos. ¿No es así?

—Me ha hecho jugar a su antojo. No lo veo claro. Mi misión es encontrarla a ella y llevármela.

—Y la mía impedirselo si se pone pesado.

—¿De qué lado está? —preguntó Larvy, mirándole fijamente.

—Ya se lo dije, cabezota, pero aparte de que usted no lograría jamás encontrarla, no quiero que su presencia aquí siga manteniendo las sospechas de esa gente.

—Bien, Anso, al parecer, hasta ahora ha llevado las cosas a su modo. Yo puedo ser un novato, pero tengo mis propios medios para conseguir lo que me propongo.

—¡Ah! ¿Sí? Sería interesante conocerlos.

—Es mi arma secreta. Cada cual la suya. No me fió de su sistema.

—Pero ante todo desea que se salve, ¿no?

—Sí, para llevarla conmigo. Es mi misión y no estoy dispuesto a apartarme de ella para hacerle el juego.

—¿Me declara la guerra?

—Yo quisiera que colaborara conmigo, Bob. Creo que entre los dos podríamos hacer grandes cosas, pero si no quiere y yo le sigo y perdemos la partida me llamarían idiota por fiarme del primer desconocido... Ni siquiera sé si es usted novio de ella realmente.

—¡Condenado cabezota! ¿Por qué cree que puedo mentirle?

—Porque no sé siquiera si es uno de «ellos».

—Pude matarle en Bangkok.

—Allí fui yo quien le sorprendí. ¿Recuerda?

—Pues aquí en el hotel. Yo saqué antes el revólver. ¿Recuerda?

—replicó el americano, devolviéndole la pelota.

—Está bien. Hay empate.

—No. Fui yo quien le envié aquí. Y acabo de explicarle el porqué, pero no quiere escucharme.

Larvy reflexionó y después de servirse otro coñac murmuró:

—Supongamos que me vaya con usted. ¿Qué hará Gerda?

—Cuando vea que no hay peligro, saldrá tranquilamente y tomará el avión. Se irá a los Estados Unidos.

—¿Dónde la conoció usted, Bob?

—En Nueva York. Ya sabe que a Gerda le gusta viajar. Vino a hacer unos estudios sobre la vida de mi país y quiso verlo al natural, convivir con la gente... Allí nos conocimos. Así de fácil.

—No pueda hacer mucho tiempo. —Dos meses.

—¿Por qué se marchó ella de allí?

—Porque tenía que reunirse con su padre en Londres, lo habían planeado así. —Pero ella no llegó a Londres.

—Se enteró antes de que su padre había muerto y tomó rumbo.

—París, Bangkok, El Cabo, casi de un extremo al otro del mundo.

—Cuando uno sabe que su vida peligrá, procura alejarse.

Otro silencio.

El americano, puesto en pie, preguntó:

—¿Sigue queriendo emplear su sistema? —inquirió.

—Puede... Veamos... ¿Qué hora será ahora en España?

—¿Eh? —inquirió Anso, desconcertado por la pregunta.

—Disculpe. Tengo que hacer. Puede quedarse en la habitación si le gusta.

Y se encaminó hacia la puerta. Abrió, se volvió un momento para sonreír y salió cerrando tras de sí.

Anso arqueó las cejas preguntándose qué diablos se le habría ocurrido a Larvy de repente.

Entonces sacó un tubito de su bolsillo, abrió el tapón y depositó en la palma de la mano su contenido.

Era un polvillo completamente blanco.

Sacó el tapón de la botella del *whisky* y derramó cuidadosamente el polvillo en el interior que se mezcló inmediatamente con el líquido.

Limpió con un pañuelo la mesa y el borde superior de la botella, agitó ésta un momento y olió.

Sonrió al comprobar que el polvillo no había alterado lo más mínimo el olor natural de la bebida.

Poco después salió de la habitación.

CAPÍTULO XII

—Un telegrama urgente con destino a España —dijo Larvy al conserje—. Trasmítalo ahora mismo.

—¿Quiere darme las señas?

—Palma de Mallorca. Herbert Carliss Bellavista-Cotage, Génova. Urgente.

En aquel momento la princesa entraba por la puerta del hotel.

Larvy la vio a través de un espejo mientras dictaba el breve telegrama.

Cuando hubo terminado, esperó a que la recién llegada desapareciera por la puerta del ascensor tras cruzar el amplio vestíbulo.

Larvy aguardó a que entrara Glenda, y al ver que no lo hacía se encaminó hacia la puerta.

Una vez en la calle buscó el pequeño coche de alquiler.

Lo vio aparcado en el mismo sitio donde había estado antes, en la acera de enfrente al hotel.

En cuatro zancadas se dirigió hacia el coche y observó que no había el menor rastro de Glenda.

Se volvió.

Vio a la gente cruzar, ir y venir en continuo trasiego y esperó ver entre ellos a Glenda, esperando para entrar, pero no... Ella no estaba.

Cruzó de nuevo la calle y se detuvo ante el portero.

—Oiga... La señorita que iba en aquel coche.

—Acaba de entrar hace un momento.

—Es extraño. No la he visto.

El portero hizo un gesto ambiguo.

—¿Está seguro que ha entrado?

—Seguro, señor.

—¿Cómo iba vestida, lo recuerda?

—Llevaba un pantalón largo y una chaqueta del mismo color, muy brillante.

—Entonces no era... —no terminó la frase, pero comprendió enseguida que quién había llegado en aquel coche era la princesa.

Sin añadir palabra entró precipitadamente en el hotel y subió hasta su habitación.

Anso no estaba. Fue hacia el teléfono y llamó:

—Con la habitación del señor Robert Anso. Dese prisa.

—Un momento, señor.

Silencio.

Nuevamente la voz de la operadora del hotel.

—Lo siento. El señor Anso ha salido.

Colgó cerrando los puños. Dio unos pasos por la estancia tratando de pensar. Se detuvo ante la botella de *whisky* y la tomó entre sus manos.

Pero entretanto...

Glenda se había dejado conducir hasta la tienda del chamarilero.

El hombre, un viejo europeo con abundante melena gris y barba poblada descorrió la cortina que comunicaba con la trastienda y, sin despegar los labios, avanzó seguido de los hombres que llevaban a la muchacha.

Cruzó otra puerta que comunicaba con un estrecho corredor y caminó hacia el fondo.

Glenda vio otras puertas, pero la que debían encerrarla a ella estaba hacia el fondo.

El dueño de la tienda abrió, siempre sin abrir la boca, y los que llevaban a la joven la obligaron a entrar.

Seguidamente el chamarilero cerró la puerta con llave y la guardó en el bolsillo.

Glenda pegada a la puerta escuchó los pasos de sus raptos alejándose por el pasadizo.

Se volvió para ver el lugar que le habían destinado como cárcel.

Era una habitación rectangular, con una cama-turca a un lado con varios cojines.

Una sencilla mesita de estilo inglés y un mueble funcional junto a la otomana.

Muebles viejos y dispares para amueblar una habitación que de

momento se destinaba a cárcel.

Había una puerta y una ventana además.

Miró primero la puerta. Era una especie de trastero sin salida.

Luego en la pared opuesta estaba la ventana. La abrió, comunicaba con un pequeño patio cerrado y flanqueado por las casas contiguas. No eran muy altas, pero era evidente que resultaba difícil trepar por allí. Sólo había un tubo, seguramente que iba desde la azotea hasta el desagüe. Ningún otro punto de apoyo.

Glenda optó por sentarse y esperar.

Larvy se sirvió un vaso de *whisky*.

Dejó la botella en la mesa y se dispuso a beber cuando sonó el teléfono.

Se puso al aparato.

—Hable. ¿Quién es?

—¡Hola, amigo! —replicó la voz de Anso al otro lado del hilo.

—Le he llamado, me han dicho que no estaba.

—Y no estoy en el hotel. Me revientan las comidas de los hoteles. Carter es mejor. Está aquí cerca. «Tómese un *whisky*» y venga. Esto está muy animado.

—No estoy para cenas, Anso. La princesa ha regresado, con el coche de Glenda. ¿Sabe lo que esto significa?

—Hummm. Le advertí que era peligroso.

—Tengo que encontrarla, Anso. Y voy a tomarme ese *whisky*, pero para ir a romper la cabeza a alguien.

—Tenga cuidado, amigo. Está caminando sobre un campo de minas.

—Gracias por el consejo. Que vaya bien su cena. —Y colgó.

De nuevo fue en busca del vaso para ingerir el contenido.

Dudó un momento.

De repente pareció tomar una decisión. De nuevo dejó el vaso y salió de estampida de la habitación.

Cruzó rápidamente el pasillo y bajó dos pisos. Comprobó que estaba en el segundo y, ya sin dilación, se encaminó hacia la puerta número 224. Era la habitación de la princesa. Empujó después de girar el pomo y comprobó que la puerta estaba cerrada. Llamó con impaciencia.

—¿Quién es? —preguntó una voz desde dentro.

—Un recado urgente, abra, por favor.

—Espere un momento.

Fue medio minuto, el tiempo que ella, que se había despojado de su vestido, se enfundaba una fina *negligé* transparente.

A Larvy le consumía la impaciencia.

Cuando ella abrió, el inglés la empujó hacia dentro cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué significa...? —empezó la princesa.

Larvy tenía ya su revólver en la mano.

—¿Hay alguien contigo, preciosa?

—Pero quién es usted...

—No te hagas de nuevas, bien sabes quién soy. ¡Vamos! Siéntate en la cama... Y no me hagas ninguna tontería.

Se separó de ella y comprobó que en el cuarto no había nadie.

Se acercó al baño y miró también de manera fugaz sin dejar de encañonar a la mujer.

No. No había nadie.

—Eres muy hermosa, princesa, pero esa arma no va a servirte. ¿Comprendes? Ella se había sentado cruzando las piernas con suma tranquilidad. Parecía muy segura de que sus encantos iban a frenar los impulsos del inglés.

—Hasta ahora he tenido paciencia. Mucha paciencia, pero se me está terminando, y más cuando tocan algo que tengo en bastante estima. Así que vas a decirme dónde está mi compañera de viaje o voy a estropear tu lindo rostro.

La princesa siguió encerrada en su mutismo. Una extraña sonrisa fluía de sus labios voluptuosos y sensuales.

Larvy sonrió también. Guardó su revólver en el bolsillo y se acercó a la joven.

—¡Fascinadora! —exclamó, y en un segundo levantó la mano derecha y la descargó contra el rostro de la princesa.

El impulso del golpe la derribó sobre la cama.

La mujer borró por completo la sonrisa de sus labios.

Las manos de Larvy la atrajeron de nuevo obligándola a levantarse.

—¿Te ha gustado mi caricia?

—Es usted un bruto... Si cree que puede asustarme...

—Conseguiré hacerte temblar, muñeca —y al decirlo levantó la

izquierda. Ella quiso esquivar el golpe, pero con hábil esgrima el inglés le pegó de revés.

Por un momento los dedos del hombre quedaron marcados en la suave piel de la mujer.

—¿Te decides?

Levantó las dos manos con intención de descargarlas a la vez.

Ella no podía retroceder porque estaba al borde de la cama, y él, con su cuerpo, le impedía la huida por delante.

—¡Espere! —gritó.

—Esto está mejor. Veo que sabes cuándo has perdido. Ahora me dirás dónde está Glenda.

—Me venía siguiendo... No me gusta que me sigan.

—Pues debe estar bastante acostumbrada.

—Hablo en serio.

—Yo también. ¡Vamos! ¿Dónde la dejaste?

—En el barrio marítimo. Calle Lescott. Dejé que saliera del coche y me siguiera, y entonces cogí el suyo.

—¿Y nada más?

—Es posible que no tarde en regresar. Le he dicho la verdad.

—Y yo te creo. ¡Vaya si te creo! Sólo que ahora tú y yo vamos a ir a esa calle. Tú conducirás el coche que robaste a Glenda y yo iré detrás de ti con mi revólver apuntando a tu adorable cabecita. Si algo falla te meteré un balazo en la nuca sin sentir el menor remordimiento. ¿Lo has comprendido?

—Le he dicho la verdad.

—Bien, bien... Vamos a comprobarlo. Ponte en pie... Y algo encima, con esa ropa llamarías demasiado la atención...

Ella se encaminó hacia el armario y miró un instante sus vestidos.

—Un sencillo abrigo de entretiempo, encanto. No vamos a ninguna fiesta.

Tomó el abrigo y fue a quitarse la *negligé*.

—Vuélvase, por favor.

—Tantos remilgos para luego hacer *Streat-teasse* en público. ¿Me tomas por idiota? ¡Andando!

CAPÍTULO XIII

Ella conducía mirando constantemente el retrovisor.

—Cuidado, princesa —advirtió Larvy—. Si quieres seguir haciendo las delicias del público en las salas de fiestas, ve atenta, no me gustaría tener un accidente.

Estaban ya en la zona portuaria; ella viró hacia la izquierda, cerca de los muelles.

Torció de nuevo por otra calleja, hasta desembocar en la calle que antes había descendido del taxi.

Aminoró la marcha, y, al final se detuvo junio al callejón de las escaleras.

Larvy miró en torno suyo.

La calle estaba desierta, pero en el callejón se encontrabas cuatro o cinco malayos.

—¿Es aquí? —inquirió.

—Aquí la dejé. Después no volví a verla —replicó ella.

—Debes conocer bien estos barrios.

—He estado varias veces en El Cabo. Por mi profesión.

—¿Y a qué viniste aquí?

—No era aquí adonde iba. Estaba invitada a cenar, pero al ver que me seguían cambié de rumbo.

Avanzó pegado a la pared.

—Y ahora me traes a mí para hacerme caer en una emboscada... El jueguecito del hotel de Bangkok no dio resultado y vuelta a empezar, ¿eh?

—Yo le he dicho la verdad.

—Sal del coche y no te muevas. Piensa que llevo el revólver en la mano.

Ella obedeció.

Lentamente, abrió la puerta y salió. Larvy hizo lo propio, sólo que no contó con la habilidad de la princesa.

Cuando estaba saliendo, ella le atizó con la puerta, y sin esperar los resultados echó a correr.

Larvy había perdido pie.

Vio cómo ella se perdía en la oscuridad, iba a disparar, pero se abstuvo.

Corrió tras ella un buen rato, pero la princesa había torcido por el callejón inmediato, y sus tacones repiqueteaban al otro lado de la estrecha calle.

El inglés iba a seguirla, pero reflexionó. El conocía algo de aquello y optó por seguir adelante corriendo de puntillas para que el ruido de los zapatos no pudiera delatarla.

Al llegar a un amplio portal forzó la puerta. Estaba abierta. Era un viejo almacén que tenía salida a la calle de atrás.

Lo cruzó con sigilo. No había ningún vigilante.

Al salir al exterior se encontró con un solar. Miró a derecha e izquierda. Pensó que la princesa no había podido seguir aquella dirección, ya que de lo contrario estaría ya allí.

Por el otro lado tampoco había salida. Cruzó el solar y se metió por otra calleja.

Pegado a un portal, esperó.

La débil luz de una simple bombilla iluminaba la esquina.

Sonrió al ver la silueta de la princesa en la pequeña encrucijada.

Ella comenzó a caminar en dirección opuesta con paso normal, como si ya se sintiese más segura.

Al llegar a la esquina, Larvy se dispuso a cruzar la calle corriendo. Era estrecha. Unos cuatro metros a lo sumo, y ella estaba a otros cuatro. En unas zancadas la alcanzaría.

Salió metiéndose el revólver en el bolsillo. Pensó que no iba a necesitarlo.

Alguien surgió de pronto y le hizo la zancadilla. Perdió el equilibrio y rodó por el suelo.

Iba a defenderse, pero dos tipos se lanzaron sobre él. Se vio levantado casi en vilo; intentó sacudírselos de encima, pero un cuarto individuo le sacudió con el puño.

Larvy cayó hacia atrás y se vio sujeto por dos poderosos brazos, mientras delante de él otros dos tipos intentaban reducirle a base de golpes.

Sirviéndose de los férreos brazos que le sujetaban, tomó impulso

y disparó los pies hacia delante.

El golpe derribó a uno de sus agresores, pero el otro esquivó y pasó al ataque lanzando su cabezota monda y lironda contra el abdomen del inglés.

Ahogó una exclamación de dolor mientras los de atrás le retorcián un brazo con peligro de romperselo y, por delante el tipo al que había sacudido le devolvía el golpe en pleno rostro.

Comprendió que toda resistencia iba a ser inútil.

El chamarilero, igualmente silencioso, apartó la cortina de la trastienda para dar paso a los dos hombres que sujetaban a Larry.

Le habían golpeado dejándole sin sentido para su más fácil traslado.

Le condujeron a la misma habitación que antes llevaron a Glenda, dejándole sobre la otomana.

Al cerrar de nuevo la puerta, la muchacha corrió al lado del joven, que comenzaba a moverse.

Se palpó la cabeza y miróse la mano, comprobando que tenía un poco de sangre.

—¿Duele? —sonrió ella con dulzura.

—Con que nos han metido en la misma ratonera, ¿eh? —murmuró él, incorporándose con un gesto de dolor.

—Lo siento. Me dejé cazar —comentó ella.

—Y yo. Estamos iguales.

—Creí que averiguarías dónde estaba y me sacarías de aquí.

—Eso sólo ocurre en las películas. De todos modos no pienso estar mucho tiempo. ¿Dónde estamos? ¿O tampoco lo sabemos?

—En la tienda de un tipo que vende trastos viejos. ¿Dónde te sorprendieron a ti?

—Cerca de los muelles. Iba detrás de la princesa.

—Entonces, es más o menos al mismo sitio. Un callejón con una escalera.

—Lo conozco. Está junto a la calle Lescott. Donde paramos.

—¿Has averiguado algo?

—Nada. ¿Qué tal es el tipo de la tienda?

—Un viejo. No le he oído la voz.

—¿Hay alguien más con él?

—No sé. Pero la calle está llena de gente y, por lo visto, trabajan para él.

—Y la princesa. Debe ser uno de los cómplices de la organización.

Se levantó y miró la ventana. Se encaminó hacia allí y abrió.

—Esto no está mal.

—¿Crees que es posible subir?

—Por lo menos, lo intentaré.

Abrió de par en par y se disponía a saltar cuando alguien dio la vuelta a la llave de la puerta.

Larvy y la muchacha se volvieron en el momento en que el hombre de la tienda aparecía en el umbral.

—Yo, de ustedes no lo intentaría.

El hombre llevaba en la derecha un revólver. Entró y cerró tras de sí sin meter la llave en la cerradura.

Guardó el revólver mientras murmuraba:

—Cierre la ventana.

Larvy entornó los ojos y obedeció.

El hombre se sentó en la otomana y sacó un paquete de cigarrillos egipcios.

—¿Quieres? —ofreció.

—Prefiero los míos —replicó el inglés, sacando su propio paquete del bolsillo.

Lo encendió después de que Glenda declinara la invitación y esperó a que el chamarilero, hiciera lo propio.

—Si tienen paciencia no les va a ocurrir nada, pero no deben intentar escapar. Al menos, por ahora. Ya ve que no les amenazo.

Larvy había pensado en la conveniencia de saltar sobre el viejo y quitarle la pistola abriéndose paso a tiros si surgían más hombres, pero le dejó que hablara. En aquellos momentos el dueño de la tienda parecía estar de su parte, o, cuando menos, no se mostraba agresivo en absoluto.

—¿Tiene algo que proponerme?

—Tranquilidad. Mientras estén aquí no les va a ocurrir nada.

—Pero trabaja para «ellos», ¿no?

—Es lo que cree la princesa. ¡Silencio!

El viejo sacó el revólver y se acercó a la puerta, la abrió comprobando que en el corredor no había nadie. Cerró de nuevo y esta vez lo hizo con llave.

Volvió a sentarse, mientras Larvy preguntaba:

—¿Para quién trabaja usted exactamente?

—Para la misma causa que usted —replicó el chamarilero.
Larvy quedó completamente desconcertado.

CAPÍTULO XIV

El viejo les había dejado con deseos de obtener más información, pero Larvy y Glenda tuvieron que contentarse con aquellas palabras, porque el hombre dijo que tenía otras cosas que hacer y se alejó, reiterándoles que tuvieran confianza.

Tal vez su confianza hubiese disminuido de haber visto al hombre cerrar la tienda y dirigirse hacia la calle Lescott, donde le esperaba un automóvil.

En los escalones, media docena de individuos desocupados seguían vagabundeando como si la calle fuese su propia casa.

El viejo empuñó el volante del coche y se perdió hacia el final de la calle.

Cinco minutos después, en un caserón de la zona donde la pétrea mole rocosa de la Table toma forma de gigantesca pared, el viejo bajó del automóvil y entró en la casa. Tenía aspecto de almacén.

Un hombre que parecía empleado de una factoría estaba sentado. Le saludó con un ademán y le indicó el interior.

El viejo entró en un despacho. Dentro estaba la princesa y un hombre corpulento con cara de perro dogo.

—Buenas noches —saludó.

El tipo que estaba con la princesa lanzó un gruñido que quería ser la contestación del saludo.

Ella sentada tras la mesa fumando uno de sus largos cigarrillos se puso en pie.

—¿Has avisado a los otros?

—Si —replicó el chamarillero.

—Bien. Ahora sabemos seguro que «ella» está aquí. Cuando vuelvas, no debe quedar ni un hombre en la tienda a fin de atraerle allí. Debemos dejar que se confíe.

—¿Y si no aparece? —inquirió el chamarillero.

—Aparecerá. Estoy segura. Yo he cancelado mi compromiso con

el Nighth Club. Hablaré con la prensa. Explicaré que motivos familiares me obligan a regresar. Haré que todo el mundo me vea tomar el avión.

—¿Y cómo se las arreglará para volver?

—Éste es asunto mío. No debe preocuparle a usted.

—Me gustaría tener más información, la verdad.

—Le basta con esto.

—Como usted quiera...

—De momento dejaremos que vivan...

—Creí que...

La princesa atajó:

—Tal como se han producido las cosas ha habido un ligero cambio de hombres. Nos desembarazaremos de Larvy y la chica que le acompaña cuando Gerda Keterlain se haya reunido con ellos y se crean a salvo.

—Como usted diga. ¿Algo más?

—Nada. Puede retirarse.

El viejo obedeció. Y al quedarse a solas el tipo con cara de perro dogo gruñó:

—¿Crees que podemos fiarnos de él?

—Hasta ahora ha cumplido, y su tienda es discreta.

—¡Maldito asunto! Estamos dando demasiados rodeos.

—Mi querido Marco, eres demasiado impaciente. En este asunto no vale sólo la violencia. Hay que usar la cabeza y nada mejor que preparar una buena trampa... Una doble trampa diría yo —y la princesa sonrió de modo enigmático, añadiendo—: Y ahora si me permites voy a ponerme a trabajar. ¿Quieres acompañarme? En este local siempre consigo perderme.

El tipo lanzó otro gruñido y tomó la delantera.

Del mismo despacho arrancaba una escalera que conducía al piso superior.

Al abrir la puerta y dar al conmutador de la luz, daba la impresión de haber cambiado no sólo de casa, sino hasta de barrio.

La estancia era lujosa, perfectamente amueblada aunque sin demasiado gusto, pero todo en ella era caro.

—No conocía esta entrada —murmuró ella.

—Ya sabes dónde está la habitación —replicó el hombre.

—No es necesario que me acompañes. Lo que tengo que hacer

puedo hacerlo sola.

El tipo asintió mientras ella avanzaba para encerrarse tras una de las puertas que comunicaban con el bien dispuesto salón.

El chamarilero regresó. Antes de abrir la puerta habló con uno de los hombres que vagabundeaban.

El tipo asintió y haciendo una seña indicó a los demás que se marcharan.

El viejo los vio desaparecer por la calle Lescott y entonces se dispuso a abrir, para cerrar nuevamente y encaminarse a la habitación donde se encontraban los dos presos.

Les saludó con amplia sonrisa y murmuró:

—Todo va bien, por ahora.

—¿Qué es lo que va bien? —Gruñó Larvy—. Le advierto que no me gusta que me dejen a medias. Usted dijo que trabajaba para la misma causa.

—Es muy sencillo, amigo. Esta tienda pertenecía a un tal Jonás Hollmann, era oriundo de Alemania pero salió de allí en el cuarenta y dos en razón de su ascendencia judía.

Hollmann era primo en segundo grado de un profesor... ¿Va adivinando?

—¿Profesor Keterlain? —inquirió Glenda.

—Exacto... Bueno, aunque el negocio no parece muy boyante, Hollmann llevaba otros asuntos que ahora no son del caso.

—¿Y dónde está Hollmann? —indagó Larvy.

—Calma. Todo llegará... —Hizo una pausa para continuar—: Como usted sabe, hay un gran interés en localizar a la hija del profesor Keterlain. Se la está buscando por muchos sitios y alguien cree que está en El Cabo buscando al pariente de su padre, único familiar que puede ayudarla.

—Sí... ¿Y está aquí? —preguntó Larvy.

—Eso ya no es cosa mía. «Ellos» creen que sí.

—¿«Ellos»? —repitió el inglés.

—Sí. «Ellos». Me contrataron a mí para reemplazar al judío.

Hizo una pausa que aquella vez nadie interrumpió, deseosos tanto Glenda como Larvy de llegar al final de la cuestión.

—A Hollmann le obligaron a pretextar un viaje. Tienen medios para que la gente les obedezca. ¿Comprenden? Y le obligaron también a aceptarme a mí como empleado suyo «de la máxima

confianza» a fin de atrapar a la hija de Keterlain si aparecía en busca de ayuda. La señorita ya ha visto que las calles están bien guardadas o sea que si venía por aquí iba a ser muy difícil que pudiera escapar.

—Comprendido... Pero...

A la interrupción de Larvy atajó el viejo con un ademán y prosiguió su explicación:

—No... Hollmann no ha muerto. Le tienen secuestrado y piensan dejarle en libertad para que vuelva. Yo ya habré desaparecido... Todos se habrán ido. ¿Comprende?

—No del todo.

—Quieren que con la vuelta de las cosas a la normalidad la chica se confíe y venga aquí. A usted lo libraré el propio Hollmann. Luego, hablarán y naturalmente se espera que todo llegue a oídos de Gerda Keterlain y ella sin temor se reúna con el primo lejano.

—Y entonces volverán a aparecer «ellos» y habrán ganado la partida —concluyó Larvy.

—Exacto.

—¿Y usted...? —empezó.

—A mí me contrataron ellos tal como dije. También tenía un pequeño negocio de este estilo y se me suponían unos tráficos ilegales... Todo falso completamente.

—¿Inglés o americano? —sonrió Larvy.

—Inglés... Pertenecí al servicio secreto durante la guerra y hago pequeños trabajos de vez en cuando.

—¿Smith le encargó de esto?

—No conozco a ningún Smith, yo he trabajado siempre a las órdenes directas del coronel Egan. Fue él quien me advirtió de su llegada.

—¿Y cómo pudieron preparar esto en tan poco tiempo?

—Yo ya vivo preparado, señor Miller. A veces creyéndome un tipo que vive un tanto al margen de la ley cae algo como lo de ahora. Ha sido una suerte... Le confieso que cuando acepté lo que me propusieron no sabía de qué iba el asunto, hasta que me llamó el coronel —hizo una pausa para añadir—: Me dijo que le ayudara si lo necesitaba, pero sin meterme de por medio y le contesté que ya estaba completamente dentro. Le expliqué de qué iba el asunto y repuso que era miel sobre hojuelas.

—¿Y por qué aceptó usted? —preguntó Glenda.

—Hija... Cuando a uno le proponen un asunto así es porque hay algo turbio y quería llegar a saber de qué se trataba. Lo supe por conducto oficial. Ya ve que la suerte a veces también nos ayuda.

Se hizo un silencio, si Larvy hubiese tenido capacidad para asombrarse habría abierto un palmo de boca, pero era hombre de mundo y si le faltaba una nueva experiencia la estaba viviendo en aquellos últimos días, por lo que no mostró la menor extrañeza.

Tras un silencio y después de que el chamarilero regresó con una botella de *whisky* y tres vasos para brindar, el inglés musitó:

—Lo que no acabo de comprender es cómo llegaron a saber que yo trabajaba para el Servicio de Inteligencia.

—Bueno, nunca se sabe del todo cómo se averiguan las cosas en esta profesión. A veces una indiscreción.

—No hubo indiscreción y Smith y yo tuvimos la entrevista en alta mar.

—Muy precavido.

—Por eso me extraña.

—Entonces váyase con cuidado, tal vez en el departamento hay un agente doble, o sin ser agente siquiera; en algunos trabajos revelar un secreto puede valer mucho dinero y los desaprensivos se mezclan en todas partes.

—¿Quiere decir que en el mismo departamento...?

—Bueno. Leí que habían matado al doctor Keterlain...

—Es verdad —admitió Glenda y fue a buscarle un agente y Smith nos dijo que era un traidor.

—Puede llamársele traidor o simplemente ladrón de altos vuelos que trabaja para lucro propio. Los traidores propiamente reconocidos son los que revelan secretos militares, sobre todo en tiempos de guerra. Ahora hay mucho pillito suelto y ningún servicio secreto se libra de esa plaga.

Tras tomar un trago cada uno del *whisky* que acababa de servirles el viejo, Larvy se levantó y murmuró:

—¿Qué hay de ese americano?

—¿Qué americano?

—Bob Anso. Le conocí en Bangkok. Parece que trabaja para Estados Unidos y me dijo que era el novio de Gerda.

—No le conozco... Pero por si acaso no se fíe de él. Tal vez

quiere tirarle de la lengua.

—¿Por qué? Él dijo que sabía dónde se encontraba la hija del profesor y en cambio yo lo ignoro.

—Pudo haberle mentido.

—Tal vez, pero en Bangkok intentaron asesinarme.

—Es verdad —asintió Glenda.

—Comprenderá que si me necesitan para que les conduzca hasta la chica no hubiesen querido quitarme de en medio. Eso podría significar que les basta con tener a Anso.

—Es extraño. No me hablaron de él —replicó pensativo el chamarilero. Luego añadió—: Sin embargo, ahora quieren utilizarle como cebo. Con Hollmann de nuevo en la tienda y usted con él es un cuadro muy atractivo para que Gerda Keterlain asome. A propósito, vaya con cuidado, usted y la señorita están condenados de todos modos.

—Lo imagino. Y ahora habrá que pensar en el modo de que la muchacha no caiga en la trampa.

—Yo debo desaparecer para que no sospechen. Lo demás corre de su cuenta. Tenemos la ventaja de que «ellos» ignoran que yo les he puesto al corriente.

—Sí. Algo es algo.

—Ahora tengo que dejarles. Pasarán la noche aquí. No es muy cómodo, pero hay que guardar las apariencias, y no intenten salir, mientras permanezcan aquí estarán seguros. En los tejados puede haber gente. Del lugar más inesperado surge a veces el peligro. No me comprometan.

—¿Cómo se llama usted, amigo? —preguntó Larvy.

—Peter Sanford.

—¿Y dónde... dónde podremos encontrarle?

—No tienen que encontrarme nunca. ¿De acuerdo? Ahora adiós...

Y el viejo desapareció encerrándoles nuevamente en la habitación.

Glenda y Larvy cambiaron una mirada, mientras los pasos del chamarilero se alejaban por el corredor.

Poco después pudieron escuchar el ruido de la puerta de la tienda al abrirse y cerrarse de nuevo.

CAPÍTULO XV

Había amanecido ya cuando la ciudad recobraba el ajetreo habitual después de las horas del descanso nocturno.

En los periódicos y en el lugar reservado para noticias teatrales figuraba una entrevista de última hora con la princesa

Yeh-Mira

en la que indicaba que por asuntos familiares aplazaba su debut en el local donde había sido contratada.

La mujer de pelo rubio desteñado, de falda larga y desgastada y chaqueta raída que ocultaba una descolorida blusa compró un periódico y leyó durante unos instantes en la parada del autobús.

Al llegar el vehículo buscó un asiento vacío y continuó su lectura.

Era una de tantas mujeres que por su aspecto parecen llevar escrita su profesión de friegasuelos.

Usaba unas viejas gafas tan pasadas de moda como aquella ropa aprovechada que cubría su cuerpo y sus ojos verdosos ligeramente bizcos iban recorriendo las líneas del periódico sin detenerse demasiado en ningún artículo en concreto.

El autobús siguió recorriendo su normal trayecto, haciendo las paradas de rigor y llenándose de personas que acudían al trabajo.

La mujer dejó el periódico olvidado en el asiento cuando llegó su turno de bajar.

Se apeó en la parada más cercana a los muelles y enfiló la calle Lescott.

Al llegar al callejón de la escalinata subió con paso cansino mirando alrededor como si le extrañara no ver a alguien determinado.

Cuando estuvo delante de la puerta del chamarilero, llamó con los nudillos.

Nadie contestó y entonces ella buscó en el bolso —tan viejo

como lo que llevaba puesto— una llave.

La introdujo en el ojo de la cerradura y le dio la vuelta.

La puerta que constaba de doble hoja, gruñó al abrir, y la mujer con la actitud habitual de quien ya está acostumbrado a ir a la casa entró y cerró detrás de ella.

Dio la luz y pasó a la trastienda que quedaba a oscuras por no poseer ninguna ventana al exterior.

Se metió en el pasillo y abrió la primera puerta sacando un cubo, una bayeta, un paquete de polvos detergentes y la escoba.

Pasó a otra puerta que daba al exterior y se puso a llenar el cubo con agua mientras se quitaba la chaqueta y la colgaba de un perchero del que a su vez sacó un delantal.

Al ponérselo se detuvo ante un pequeño espejo situado sobre la pila de un lavabo.

Se miró el rostro y con la mano derecha maquinalmente intentó arreglar su estropajoso pelo.

Se adentró por el pasillo y abrió las tres puertas restantes.

Una era un despacho. Se metió en él para abrir la ventana que daba a un patio cerrado, pero por donde se podía ver una calle más ancha al fondo gracias al solar existente en uno de los lados.

Pasó a la otra habitación. Era una especie de almacén sin ventanas.

Por último llegó al cuarto tras cuya puerta estaban encerrados Larvy y la joven.

Abrió con la llave y se quedó clavada en el umbral.

Larvy estaba vuelto hacia Glenda que sentada en el diván se desperezaba.

Las facciones de la mujer de la limpieza sufrieron un brusco cambio.

Larvy que había dado la vuelta comenzó a avanzar, y entonces la mujer visiblemente asustada cerró la puerta y tuvo tiempo de cerrar antes de que el inglés consiguiera abrirla.

Golpeó varias veces, pero la mujer acurrucada en el pasillo permanecía indecisa.

—¡Eh! ¿Quién diablos es usted? ¿No me oye? ¡Conteste! —gritó él al otro lado de la puerta.

Una voz queda, susurrante, le contestó:

—Soy la mujer de la limpieza.

—Abra la puerta. Nos han encerrado.

La mujer retrocedió y al fin tomando una decisión volvió a la trastienda y con los nudillos golpeó la única puerta que existía además de la que daba a la misma tienda.

Aquella era la habitación del chamarilero y tampoco contestaba. Abrió y la encontró intacta.

Quedó en medio de la trastienda dudando. En sus manos tenía la llave de la habitación de la pareja. Parecía dudar.

Volvió al cuarto y la dejó de nuevo en la cerradura, pero sin abrir.

Inmediatamente dejó todo tal como lo había encontrado. Comprobó que estaba en orden y salió de la tienda cerrando de nuevo.

—¡Yo no espero más! —estalló el inglés y abrió la puerta del patio cerrado.

—Peter nos dijo que esperaríamos —recordó Glenda.

—No le comprometemos con intentar escapar. Al fin y al cabo la puerta está cerrada, y cerrada por fuera la dejaremos. Tú no te muevas.

—Pero...

—No podrás escalar. Intentaré hacerme con una cuerda.

Había saltado ya al otro lado e intentaba trepar por la tubería.

Colocó un pie en un soporte y luego intentó avanzar pegado al tubo.

Resbaló y tuvo que intentarlo de nuevo.

Los únicos lugares en que podía apoyarse eran las argollas que mantenían sujeta la cañería metálica a la pared.

De nuevo se aplicó a la ardua tarea. Calculó que eran seis metros aproximadamente lo que debía subir, pero no se arredró por ello.

En el aeropuerto Bob Anso tomaba algo en el bar mientras observaba distraídamente el tráfico de las primeras horas de la mañana.

La princesa con una llamativa pamelita con el ala derecha hacia delante y escoltada por dos hombres de aspecto poco grato avanzó entre la gente. La falda algo más arriba de la rodilla no permitía ver el extraño y caprichoso tatuaje.

Sin embargo, al subir un peldaño cerca del bar se le torció un

tacón y tuvo que agarrarse a uno de sus compañeros para no caer.

Con el incidente se levantó ligeramente la ropa y entonces apareció el tatuaje.

Siguió ascendiendo hasta desaparecer.

Más tarde el americano la observó cómo cruzaba la puerta de salida para dirigirse al aparato que se había anunciado como vuelo hacia París con escalas intermedias.

En el distrito meridional de Simonstown un automóvil se detuvo en las afueras.

El chófer miró al pasajero que iba en la parte posterior.

Era un hombre de edad que llevaba una barba descuidada y la cabeza rapada en contraste con su rostro velludo.

Su aspecto un poco estrafalario culminaba en la venda que llevaba a los ojos.

A su lado en el asiento trasero iba otro hombre.

—Puede bajar, Hollmann, y no se quite la venda hasta que no haya contado hasta cien por lo menos. Alguien quedará a su lado por si desobedece.

—Desde las seis de la mañana que estamos dando vueltas. ¿Dónde diablos me han llevado ahora? —Gruñó el de los ojos vendados.

—Ya lo descubrirá usted mismo, Hollmann. Y si quiere seguir teniendo la misma suerte que hasta ahora haga exactamente lo que le digo. Nada de querer averiguar la matrícula del coche.

—Todo lo han planeado bien. No quieren que sepa nunca dónde he estado esos tres días... ¿Todo para qué? ¿Quieren decírmelo? ¿Por qué querían mi tienda? ¿Qué clase de negocios sucios han tramado en ella?

El que estaba a su lado le empujó fuera y salió con él.

—Ahora no se mueva —dijo.

Estaba al borde de la carretera y le siguió empujando hasta unas rocas.

Le dejó allí y se apartó con sigilo advirtiéndole:

—Seguiré a su lado.

Lo que hizo en realidad fue volver al automóvil que desapareció rápidamente.

Hollmann esperó unos momentos y al fin preguntó:

—¿Puedo quitarme la venda?

Repitió la pregunta y al ver que nadie contestaba lo hizo.

Hasta que no salió de las rocas y estuvo en la carretera no pudo orientarse. Aun así, parecía no saber dónde se encontraba.

CAPÍTULO XVI

Larvy había llegado a la azotea. Miró alrededor sin ver a nadie. Unos ventanucos asomaban de un edificio medio metro más alto. Se acercó para ver si allí dentro podía haber alguien.

Estaban cerrados y optó por encaramarse a la otra azotea y buscar un sitio por donde saltar a la calle.

Una especie de terraza le sirvió. Se dejó caer sobre ella y corrió hacia el extremo del que arrancaba una escalera exterior. Bajó rápidamente y se encontró en otro terrado.

Estaba a unos cuatro metros de la calle, teniendo en cuenta que por aquel lado la calzada estaba más alta, ya que la tienda estaba a la altura de un primer piso.

Calculó bien la distancia y se dejó caer.

Corrió por la zona portuaria hasta encontrar un almacén. Se metió dentro y buscó.

Los hombres trabajaban estibando mercancías o descargando de las furgonetas eléctricas.

Salió por un callejón y delante mismo se encontró con un almacén de esparto.

Se metió en él como una exhalación. Había dos hombres que estaban hablando junto a un montón de cuerdas.

—Quiero un rollo —dijo interrumpiéndoles.

—Oiga, no son para vender.

—¡No importa! Quiero un rollo —y arrojó algún dinero en el suelo tomando un rollo y saliendo a escape antes de que los que hablaban pudieran darse exacta cuenta de lo ocurrido.

Momentos después se metía en el callejón paralelo al de las escaleras.

Se metió por un portal y ascendió hasta la azotea.

La puerta estaba cerrada y con poco aguante para forzarla optó por cargar contra ella. A la segunda acometida la puerta cedió y se

encontró de nuevo en las proximidades del patio abierto. Trató de orientarse.

Siempre corriendo, saltando de un sitio para bajar en otro consiguió encontrar lo que buscaba.

Vio a Glenda asomada a la ventana.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

—No.

—Sal. Voy a sacarte de ahí.

Buscó un lugar donde sujetar la cuerda y encontró el saliente de una viga. Anudó un extremo y aunque lejos de la abertura, como el rollo era lo suficientemente largo dio para arrojar el resto hasta abajo.

Ella ya estaba dispuesta para subir.

—Agárrate fuerte. Voy a tirar —previno él—. ¿Preparada?

—Sí.

Glenda se había sujetado. Larvy quitóse la chaqueta y sus poderosos músculos comenzaron a trabajar.

Completamente a pulso iba subiendo a la muchacha.

Bob Anso detuvo el taxi delante del hotel y se disponía a entrar cuando vio a la mujer subir a un automóvil que había estado aparcado a unos cuantos metros de la acera frontal.

Los ojos del americano se agrandaron.

Si Larvy Miller hubiese visto a la muchacha joven que acababa de meterse en el auto para arrancar a buena velocidad habría exclamado:

«¡Es ella! ¡Es Gerda Keterlain!».

Anso salió disparado y detuvo el primer taxi.

—Siga a ese coche. ¡Deprisa!

—¿Qué coche, señor?

—Ese «Morris» color crema... No pierda el tiempo si quiere ganarse el jornal de toda una semana.

El chófer arrancó presto.

El esfuerzo de Larvy había dado su fruto. Glenda estaba en la azotea jadeante. A ella también le había costado lo suyo mantenerse agarrada a la cuerda.

—¿Y ahora dónde vamos? —inquirió.

—De momento al hotel. Necesito saber si hay respuesta a cierto

telegrama que puse.

—¿A quién?

—A mis amigos, en Palma. ¿Recuerdas los que os impidieron el paso? Me gusta estar bien protegido... Siempre surge alguien a quien le gusta rememorar viejos tiempos...

—¿Los tiempos de los que te habló Smith, verdad? —sonrió ella.

—Hubo de todo... Por eso hay que estar preparados. Y esa gente que tengo se oxidan con la inactividad. Les pedí que vinieran... Ellos son muchos y a mí me saben solo. Continuaremos estando en inferioridad, pero me gusta tener gente en quien pueda confiar, cerca de mí.

Poco después y ya en la calle, Larvy murmuró:

—Cuando puse el telegrama eran las siete de la tarde —consultó el reloj—. Ahora son casi las nueve de la mañana. Creo que ya puede haber respuesta.

—Pero tardarán en venir.

—Les pedí que lo hicieran por el medio más rápido. Ya sé que queda lejos, pero con los transbodos no pueden tardar más de un día, por algo vivimos en la época de la rapidez.

CAPÍTULO XVII

Bob Anso había perdido a Gerda Keterlain, cuando ella tomó la ruta del distrito de Bellville.

—¿Seguimos, señor? —preguntó el chófer.

—No. Lléveme a cualquier teléfono público.

—Lo siento, señor. Ya vio la velocidad que el coche que seguíamos tomó. Como para estrellarse. Pero no llegará lejos. Si cruza el límite la policía le hará detenerse.

—Y a mí me gustaría estar presente, pero ignoro el camino que ha tomado...

El chófer dio la vuelta y le condujo hasta una estación de servicio.

—Aquí encontrará teléfono y yo pondré gasolina —dijo.

Bob bajó, penetró en el bar, echando antes un vistazo alrededor como si quisiera comprobar que nadie le había seguido y tomó el teléfono marcando un número.

Esperó un buen rato con el auricular en la oreja, pero al otro lado del hilo nadie contestó.

Lo intentó de nuevo y al fin salió cuando el chófer, ya con el depósito del coche lleno le esperaba para proseguir el viaje.

—Canal Street —pidió.

Y el auto se puso en marcha.

Fue necesario cruzar la ciudad en su sentido longitudinal hasta llegar a un barrio de casas modestas.

Hizo detener el coche en una esquina y ordenó:

—Aguarde. Tal vez convenga salir deprisa.

El chófer le miró con recelo y vio cómo Anso se alejaba rápidamente hasta entrar por el portal de una de aquellas viviendas modestas del barrio negro.

La gente vivía hacinada en humildes barracones o casas demasiado viejas. Por la calle transitaba gente casi toda de color y

la chiquillería jugaba en un lugar en ruinas.

Anso se volvió un momento y después de echar una ojeada se perdió por el fondo de un pasadizo que llegaba hasta un patio interior.

Un negro viejo que remendaba una cortina de arpillera le miró en silencio mientras Anso llamaba a una puerta.

—No hay nadie —dijo el negro.

—¿Está seguro?

—La señorita salió esta mañana como todos los días. Estará trabajando.

—Sabe... ¿Sabe si ocurrió algo anormal? Bueno, quiero decir si alguien vino a ver a la señorita.

—Yo no lo he visto, señor —replicó el negro.

—Gracias.

Estaba ya de nuevo en el corredor en dirección a la calle cuando vio entrar a alguien.

Se detuvo. Era la mujer que había ido a limpiar en la tienda del chamarilero.

Dejó que se acercara. Ella se detuvo y le miró:

—¡Bob! En la tienda vi a...

—Supongo a quien viste —cortó él—. Pero tú de dónde sales...

—No sabía qué hacer...

—Escucha... Acabo de ver a Gerda. ¿Comprendes?

—¿Qué? —preguntó extrañada la mujer de aspecto cuarentón y ajado.

—Sí. «La he visto» y la he estado siguiendo... Empiezo a comprender.

—¿Qué, Bob?

—¡Es una trampa! No te muevas.

Bob se asomó a la calle y vio dos coches aparcados en la esquina. Al otro lado había otros dos.

Se volvió rápidamente y acercándose a la mujer dijo:

—¡Me han seguido! ¡Maldita sea!

—¿Quieres decir que...?

—Ven. Vamos... Hay una puerta trasera. Sal por ella.

—¿Y dónde voy a ir?

—A la tienda... Yo entretendré a éstos.

—Tengo miedo...

—No te preocupes. Pero ten cuidado.

—Peter no estaba allí.

—Es extraño —replicó pensativo el americano—. En fin, si está dile que te has retrasado, pero no comentes que antes has visto a los otros, ¿eh?

—Miller debería saber.

—¡No! No es el momento. En todo esto me huelo una trampa, pero no sé cómo está dispuesta.

La mujer se encaminó hacia su casa. Bob Anso esperó un momento y salió tranquilamente de la casa.

Pasó por delante de los dos coches y entonces fingiendo un súbito pensamiento empezó a correr hacia el taxi.

Inmediatamente uno de los coches se puso en movimiento para seguirle mientras los demás rodeaban la casa del corredor.

Por el otro lado, saltando una tapia, la mujer de la limpieza desaparecía corriendo entre la multitud.

A pesar de los cuarenta años que aparentaba se movía con agilidad.

En la conserjería del hotel, Larvy recogió el telegrama procedente de España. Lo leyó rápidamente y volviéndose hacia Glenda murmuró:

—Estarán aquí esta noche. Esto está mejor.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella.

Larvy preguntó al conserje por la princesa.

—Se ha ido esta mañana, señor. Asuntos de familia. Encargó pasaje para París.

Larvy se volvió hacia Glenda y sonrió. La comedia de la que les había hablado el chamarilero estaba en marcha.

—Vamos a arreglarnos un poco. Después esperaremos que la «tienda» esté abierta para hablar con Hollmann.

Glenda asintió y los dos se dirigieron al ascensor para ir a sus habitaciones del cuarto piso, contiguas.

Media hora más tarde, Bob Anso llegaba jadeante al hotel habiendo conseguido burlar a sus seguidores.

Se encerró en su habitación y desde la terraza miró a la calle.

El coche que había estado siguiéndola pasó de largo.

En la habitación de Larvy, el joven salió del baño y comenzó a

vestirse rápidamente cuando sonó el teléfono.

Una voz queda habló al otro lado del hilo:

—Soy Gerda. Sé que me estás buscando. Me hospedo en este mismo hotel. En el piso de más arriba del tuyo, 512. Ven en cuanto puedas.

Larvy colgó y no tardó ni un minuto en vestirse. Mientras corría por el pasillo se anudó la corbata. Instantes después estaba delante de la habitación a la que llamó con los nudillos.

Gerda abrió la puerta a medias, dejado puesta la cadenita que impedía se abriera por completo.

Se separó de la puerta y permaneció en la penumbra de la habitación con las cortinas corridas.

—Déjame pasar. Voy a sacarte de aquí —dijo él.

—No, Larvy. No es posible —musitó ella con voz queda—. Ve a la tienda donde te encerraron y espera, cuando la situación esté más segura iré por allí.

—¿Por qué no puedo entrar?

—Te están vigilando, Larvy. Sería peligroso para los dos. Haz como si no me hubieras visto.

—Está bien, Gerda... ¿Desde cuándo estás aquí?

—Desde esta mañana. Me he inscrito con nombre supuesto. No preguntes más. Lo único que deseaba era verte. Ahora vete.

Se acercó y cerró dejando a Larvy Miller en mitad del pasillo sin saber exactamente qué actitud tomar.

Sin embargo, decidió esperar hasta la noche, no sin antes regresar a la habitación de Glenda y advertirle:

—Quédate en el vestíbulo y no te muevas. Gerda Keterlain está en el hotel. Si sale síguela. Yo voy a darme un garbeo a la tienda y volveré. Esta noche espero sacar a Gerda del país.

Y el joven salió del hotel.

CAPÍTULO XVIII

El sol desapareció por el oeste, cuando Larvy salió de su habitación.

—No te muevas —dijo a Glenda—. Traeré a Gerda aquí.

—¿Estás seguro de que es lo mejor? Creo que deberíamos volver a la tienda.

—Cuando he llegado estaba cerrada todavía. No puedo perder el tiempo esperando a Hollmann. Él no sabe dónde está Gerda y en cambio yo sí.

Glenda asintió y el inglés salió por el pasillo encaminándose hacia la escalera de servicio.

Había visto la manera de entrar en el cuarto de Gerda sin llamar la atención.

Entró por una puerta y asomó por la ventana. Desde allí con buen pulso y sirviéndose de los ladrillos podía llegar hasta la cornisa y de la cornisa le sería fácil acercarse a la terraza de la muchacha.

Amparado en la oscuridad que le evitaba llamar la atención de los transeúntes que pudieran alzar la cabeza y extrañarse de ver a alguien encaramado a la pared, logró no sin esfuerzos llegar a la cornisa. No obstante cuando alcanzó el pedestal contiguo, parte de la piedra cedió y quedó colgado de una mano.

Los dedos se escurrían y su cuerpo se balanceaba en el vacío.

Quedó suspendido durante varios segundos.

Al fin tomando impulso consiguió ponerse a gatas en la cornisa. Luego, comenzó a avanzar hasta situarse en la terraza.

Saltó ágilmente y se acercó sin hacer ruido hacia la puerta.

La cortina estaba casi corrida por completo pero permitía ver el interior.

Gerda estaba dentro sentada delante del tocador mirando su rostro.

Iba a llamar con los nudillos cuando la joven se levantó desvestiéndose del vaporoso batín y encaminándose hacia el ropero para sacar un vestido.

De no haber sido por esta circunstancia Larvy hubiese llamado y entonces nadie sabe lo que hubiese podido suceder, porque...

Los ojos de la joven se fijaron en las piernas de la mujer. Unas piernas perfectas, pero no era esa perfección lo que miraron sus ojos, sino el tatuaje. La rosa tatuada en la parte posterior de la pierna derecha.

¡Aquella mujer no era Gerda!

Apenas lo había pensado cuando ella después de enfundarse el vestido volvió al tocador para mirarse el rostro. Sus manos tocaron el rostro. ¡Ere un rostro movable!

Llevaba una careta perfectamente ajustada a la piel. Una careta que representaba el rostro de la hija de Keterlain.

Larvy había regresado a la habitación y explicaba a Glenda lo que ocurría.

—Debió enterarse de nuestra fuga y está incitándome a que vuelva allí, pero es la princesa, no cabe duda. Por eso no me dejó entrar, porque estando cerca me habría dado cuenta... Bien, seguiremos su juego...

—Voy contigo —dijo Glenda.

—No. Tú espera a mis hombres. Salieron de Palma vía Marsella. A pesar del rodeo era el trayecto más rápido para coger un enlace hasta aquí. No sé cuándo llegarán, pero yo entretanto iré para la tienda.

—Ten cuidado.

—Ahora tengo una ligera ventaja —le guiñó un ojo y desapareció.

La tienda estaba abierta todavía y Hollmann, su propietario, repasaba las existencias.

—¿Qué desea usted? —preguntó.

—Soy Larvy Miller, trabajo para el servicio secreto inglés. Puedo decírselo puesto que ya no es un secreto para nadie... Deseo hablar con usted.

Hollmann arqueó las cejas y le dejó que pasara. A Larvy le extrañó ver a la fregona en la trastienda. —Oiga... Esa mujer...— y

la miró detenidamente.

—Es Larvy, tío Max —murmuró ella, y lo dijo con una voz distinta al susurro de la mañana.

—Usted...

—Pasen dentro —invitó Hollmann.

En la misma habitación de Hollmann, ella se quitó las agujas que sujetaban aquella cabellera rubia desteñida. Era una peluca que se soltó fácilmente dejando al descubierto su pelo natural echado hacia atrás.

Una presión con los dedos bastó para que las lentes de contacto saltaran de sus ojos —uno de ellos ingeniosamente postizo que le daba el aspecto bizco—. Era una lentilla especial ligeramente abultada.

Los ojos azules de Gerda Keterlain brillaron con toda su intensidad.

Las cejas postizas arrancadas también y una peca velluda, al desaparecer la dejaron completamente cambiada.

¡Aquella sí era Gerda Keterlain!

La explicación fue breve y sencilla.

Hollmann aclaró:

—A veces el mejor escondrijo es la madriguera de la fiera. Anso fue el que le facilitó el escondrijo en el barrio negro, y el único medio de ponerse en contacto conmigo era adoptando este disfraz.

—Entonces... Es cierto que Bob Anso es tu prometido —murmuró Larvy.

—Sí —asintió ella—. Y esperaba poderme sacar de aquí, pero cuando se llevaron a tío Max, todo el plan se vino abajo. De todos modos me aconsejó que siguiera viniendo para que no pudieran sospechar que me ocultaba bajo un disfraz... —hizo una pausa y añadió—: Pasé mucho miedo, y esta mañana cuando te vi aquí encerrado, pensé que habían descubierto algo, puesto que tú estabas aquí... Quise decírtelo, pero temí que la casa estuviese vigilada.

—¿Sabías que el que sustituyó a tu tío era de los nuestros?

—¡No! —exclamó la joven.

—Él tampoco debía saberlo. Es curioso... En fin, esta noche te sacaré de aquí.

—Va a ser difícil —murmuró Max Hollmann.

—No lo será dentro de poco... Ponte otra vez ese incómodo y

feo disfraz. Esperaremos.

Eran las doce de la noche cuando entró el hombre en la tienda. Larvy lo había reconocido. Era uno de los suyos.

Pasó a la trastienda y estuvo durante varios momentos hablando con el inglés:

—Vinimos tan pronto nos fue posible. Hemos tenido efectuar tres transbordos... Pero aquí estamos. ¿A quién hay que calentar?

Larvy sólo precisó quince minutos para poner en antecedentes a sus hombres de lo que había que hacer. Hizo un par de llamadas telefónicas y todo quedó ultimado para la huida.

Más tarde una pareja amparada en la oscuridad salía de la tienda. El, era Larvy que llevaba del brazo a una mujer tocada con un sombrero que le ocultaba el rostro.

Subieron a uno de los coches en que habían llegado sus amigos. Detrás salió otro para escoltarles.

Glenda siguiendo instrucciones de Larvy estaba ya en el aeropuerto con los pasajes del avión. Bob Anso no tardó en llegar.

Larvy, al volante del automóvil comprobó que además del coche escolta les seguía otro, y aceleró la marcha, tomando un camino secundario.

Uno de los hombres de la «organización», dentro del coche que seguía a los fugitivos informó por radio a la princesa. Era un pequeño transmisor de onda corta.

—Van al aeropuerto por la antigua carretera.

La voz de la princesa replicó:

—Córtenles el paso. Ella no debe salir de aquí.

El que había transmitido pasó el aviso a otro coche que seguía otra dirección:

—¡Atención, les cortaremos en el cruce!

Y el cruce estaba muy cerca, y allí llegaron los dos automóviles llenos de gente armada.

Larvy comprendió que estaban rodeados.

—Bien... No hay más remedio que salir de aquí.

La mujer salió, adentrándose hacia la maleza existente al borde de la vieja carretera.

Los seguidores comenzaron a disparar. Una andanada de plomo acribilló la plancha del coche y una rueda reventó, Larvy replicaba desde la cuneta.

Lo más extraño, sin embargo, era la habilidad de su pareja. Había montado una metralleta y replicaba con evidente seguridad.

De pronto como si el sombrero le molestase se lo echó hacia atrás, y a los agresores les hubiese, sorprendido bastante comprobar que las facciones hombrunas que se ocultaban bajo la pámela pertenecían no a la mujer que intentaban apresar, sino a uno de los guardaespaldas de Larvy.

El tiroteo se prolongó hasta que el inglés consultando su reloj, decidió poner fin a la comedia.

Agitando un pañuelo blanco pidió la «rendición»:

—No os canséis, muchachos. A estas horas Gerda Keterlain está subiendo a un avión que parte rumbo a El Cairo.

Sí. Hollmann y Gerda iban ya camino del avión, acompañados de Glenda y Bob Anso.

—No subiremos a éste. Hay otro especial esperando. Alguien lo ha dispuesto así, díganse a Larvy. Nos reuniremos en Londres.

Pero desde un ángulo oscuro del aeropuerto surgió la princesa y el tipo con cara de bulldog.

Les cortaron el paso cuando cruzaban la terraza para entrar en la pista de subida.

—¡Quietos! —dijo la princesa. Y el bulldog, iba sacando un revólver.

No pudo hacerlo, porque alguien detrás suyo le había clavado un cañón de otra arma en el costado. Era Peter, el falso chamarilero.

No parecía el mismo hombre descuidado y desaseado. Vestía con elegancia y distinción.

—¡Cuidado! No se muevan de como están. Y ustedes sigan, por favor —sonrió a los otros cuatro.

—Yo me quedo —dijo Hollmann—. Sólo he acompañado a mi sobrina.

Momentos más tarde todos pudieron ver cómo la avioneta especial se ponía en marcha.

—Han perdido. Reconózcanlo —dijo Peter a la princesa, y les empujó hacia fuera.

Apenas habían salido del edificio cuando llegaron los dos coches con la gente de la organización.

—Nos han puesto una trampa... —empezó uno, pero la princesa

aprovechó la ocasión de aquella llegada masiva para empujar a Peter.

—¡Prendedle! —exclamó.

Quiso sacar del bolso un pequeño revólver. Algo muy parecido a una joya, pero terriblemente eficaz.

Peter fue más rápido y disparó.

La princesa se tambaleó unos momentos hasta caer al suelo, donde quedó tendida boca abajo. El suave viento levantó su falda dejando al descubierto el extraño tatuaje.

El bulldog se abalanzó contra el agente golpeándole el rostro. Peter se había vuelto contra los recién llegados y no pudo ver la acometida del tipo. Cayó contra la pared.

Hollmann quiso intervenir, pero el bulldog disparó a quemarropa.

Peter, inconsciente, quedó debajo del chamarilero, y aquello le salvó la vida, tal vez porque el bulldog tenía demasiada prisa.

—¡Vamos! —exclamó.

Cruzaron el aeropuerto y a todo correr por la pista llegaron hasta el avión comercial cuando iban a retirar la escalera.

Siete hombres en total, todos perfectamente armados irrumpieron en el avión.

—¡Vamos! Todo el mundo abajo —ordenó el bulldog.

Cuando los pasajeros hubieron desalojado el avión, obligaron a la tripulación a emprender el vuelo.

—Tiene que seguir a la avioneta, y dense prisa si quieren salir con bien.

El piloto y sus hombres no tuvieron otra alternativa que obedecer.

Minutos más tarde el reactor emprendía el vuelo. Entonces alguien dijo:

—No deberíamos seguirles. No llegarán a ninguna parte.

El bulldog se volvió hacia el que había hablado. Alguien hubiera podido reconocer en él al hombre que había asesinado al doctor Keterlain.

—¿Por qué dices esto? —inquirió el mastodonte.

—La princesa tenía previsto todo, y dijo que alguien había puesto un explosivo en el avión en caso de que la chica consiguiera huir.

Todos se miraron, pero sólo el bulldog con rostro aterrorizado inquirió:

—¿En qué avión? ¡Contesta! ¿En qué avión?

La respuesta no llegó nunca, porque antes de que nadie pudiera hablar, sonó la tremenda explosión.

Ninguno de los que iban a bordo pudo oírla, porque fue precisamente aquel reactor que ahora se descomponía en llamas por los aires el que había estallado.

El trágico espectáculo pudo ser presenciado por los ocupantes de la avioneta.

—Es el fin de la organización —murmuró Bob Anso.

En el aeropuerto, Larvy y sus amigos, después de comprobar que Max Hollmann había muerto atendieron a Peter.

—Están a salvo —dijo el viejo agente—. No debe preocuparse... Yo cuidé de hacer que dispusieran la avioneta.

—Ha sido usted oportuno, Peter —luego volvió sus ojos hacia la princesa.

Se acercó y dio la vuelta a su cuerpo, después de observar el tatuaje de su pierna.

—Esta vez es ella. Ya no causará más problemas —dijo Larvy. Luego, añadió—: Consiguió engañar a Anso, haciendo que una de las chicas que bailaban en su espectáculo se colocara una máscara idéntica a su propio rostro y le tatuara una pierna para que creyésemos que se había ido.

—No está mal el plan.

—Esto no es todo. Después, con otra de esas caretas, idéntica a la de Gerda hizo creer a Bob primero y después a mí, que era la hija del doctor.

—Claro —replicó Peter—. Pretendía que el americano al verla, corriera a su escondite para prevenirle que no se exhibiera, y así «ellos» le seguirían para saber dónde se ocultaba. Pero... ¿a usted por qué, Larvy?

—Le interesaba que yo fuese a la tienda. Ignoraba que yo sabía la verdad con respecto a usted y suponía que me alejaría de aquellos barrios, pero a ella le interesaba que yo fuera para confiar a la verdadera Gerda. ¿Comprende?

—Bueno... Todo ha terminado... Lástima del pobre Hollmann. De momento no debería decírselo a Gerda cuando se encuentren en

Londres. Él hizo cuanto pudo y ella le apreciaba —murmuró Peter.

EPÍLOGO

La avioneta había llegado al aeropuerto londinense de Heatchrow.

Cuando las dos mujeres y Bob Anso descendieron, junto al coronel Egan había otro hombre esperando. Alguien que hubiese sorprendido a muchos, pero no a Gerda, ni a sus acompañantes porque durante el viaje ya les había contado la verdad.

—¡Papá! —gritó ella.

Sí. El hombre que estaba al lado de Egan, tenía el mismo rostro que el que murió al fondo de un precipicio, suponiéndose que era el profesor Keterlain.

Sin embargo, el auténtico profesor Keterlain estaba allí, y abrazaba ya a Gerda.

Sólo Egan y Gerda habían sabido desde el principio que el muerto, fue otro agente que le había suplantado convenientemente caracterizado.

—Felicidades a la CIA —sonrió Egan mirando a Bob.

—Eso lo hice por mi propia cuenta, señor —replicó el joven—. En todo caso felicite a su agente novato —y como recordando algo añadió—: A propósito... No me acordé de vaciar la botella de *whisky*.

—¿Qué botella? —preguntó Glenda.

—Puse un preparado narcótico en el *whisky* que Larvy tenía en su habitación del hotel.

—¿Para qué?

—Bueno... Temí que pudiera estropear me los planes y decidí darle un narcótico. Nada peligroso pero capaz de hacer dormir a un hombre doce horas seguidas.

—Pues menos mal que no se lo dio —replicó Egan.

—¡Señor! —intervino Glenda—. ¿Qué hay del asesino de aquel amigo de Larvy?

—¡Ah, sí! Recuerdo que me lo comunicó Smith... En realidad era un caso aparte del asunto; una cuestión personal que pertenece por entero a la policía.

—Pero la princesa actuaba allí.

—Pura coincidencia.

Fue Bob Anso el que adujo:

—Si Angko es el asesino como pienso, pagará. Mandaré un telegrama al inspector. Es un tipo listo el tailandés.

—Pero... ¿La princesa era el jefe de la organización? —quiso saber Glenda.

—La princesa, que no era princesa de nada, como ya habrán supuesto, no era más que la cabeza visible. El jefe... desgraciadamente estaba entre nosotros. Cuando supo que todo el plan había fracasado, supimos a quién había que ajustar cuentas. Era Smith.

Glenda fue la más sorprendida:

—¡Increíble!

—No tanto. Él mismo buscó al «agente» para saber a quién ponía y tenerle a mano. Yo sospechaba de él o de Logan porque eran los dos que habían llevado el asunto conmigo desde su iniciación. Por eso les tendí una trampa encargándoles a ellos que buscaran al hombre idóneo para la misión. Y la verdad es que de no ser por usted, Glenda, hubiese pensado que Larvy Miller era también uno de «ellos».

—¡Oh, no! —sonrió ella—. Larvy tiene su casa en Mallorca y vive sin complicaciones. Espero que algún día me pida que me case con él y la podamos compartir juntos.

Unos días más tarde, Larvy se despedía del coronel con el cheque en la mano.

—Bueno. No podrá quejarse. Ha corrido usted riesgos, pero hemos sabido compensarle —sonrió el hombre del Intelligence Service—. Si alguna otra vez...

—¡Oh, no! —atajó Larvy—. Olvídense de mí, coronel, y para que no caiga en la tentación, me llevo a su exsecretaria. ¿Vamos, nena?

La «nena» era, naturalmente, Glenda Clark, que de mil amores aceptó la invitación, pensando que lejos del placer de los viajes y de ir de un extremo a otro de la tierra, o de quedarse a vivir entre la bruma de Londres, existía un paraíso a la orilla del Mediterráneo.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Barrio de Palma de Mallorca, situado en la parte alta de la ciudad. < <

[2] Nombre que se da en Bangkok, capital de Tailandia, a los canales que cruzan la ciudad en la zona fluvial de la misma. < <

[3] Nombre de las embarcaciones de Tailandia. Muchas de ellas sirven a la vez de viviendas que permanecen ancladas en los innumerables canales que cruzan la ciudad. < <

[4] Nombre original inglés de la ciudad de El Cabo, en Sudáfrica.
< <